

Esta es una pequeña muestra del libro

Martín Lutero sobre la vida cristiana.

Para conseguir el libro completo y conocer
más acerca de nosotros, visita nuestra página

web: www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Si crees conocer a Lutero, lee este libro. Es una obra notablemente edificante y esclarecedora. Con el interés de un pastor y el rigor de un historiador, Carl Trueman analiza la perspectiva de Lutero sobre la vida cristiana, un enfoque tan ‘humano’ como el propio Reformador alemán. Sin embargo, es mucho más que un texto sobre Lutero y la vida cristiana: es uno de los mejores resúmenes sobre Lutero en su contexto”.

Michael Horton, profesor de teología sistemática y
apologética, Westminster Seminary California;
autor de *Juan Calvino sobre la vida cristiana*

“Carl Trueman ha logrado una hazaña notable: no solo ofrece un volumen académico e histórico, y a la vez accesible y notablemente contemporáneo, sino que también ha plasmado la brillantez y audacia de Martín Lutero en un espacio relativamente corto. Trueman merece elogios por presentar a un Lutero que, aunque diferente a nosotros en muchos aspectos, tiene mucho que enseñarnos”.

Kevin DeYoung, pastor y profesor de teología sistemática,
Reformed Theological Seminary; autor de *Doctrina para cada día*

“Este libro ilustra por qué Martín Lutero sigue siendo un recurso casi inagotable. Trueman explica por qué Lutero puede ser un guía tan perceptivo, alentador, humano e incluso divertido para la vida cristiana. De especial importancia es la claridad con la que comunica por qué la cruz de Cristo fundamentó el enfoque de Lutero sobre casi todos los temas, y por qué una ‘teología de la cruz’ podría motivar poderosamente también a los creyentes de hoy”.

Mark A. Noll, profesor de historia eclesiástica,
University of Notre Dame

“No es tarea fácil escribir un volumen pequeño que resuma la teología de Martín Lutero y su importancia para la vida cristiana. Sin embargo, Trueman lo ha logrado de forma extraordinaria, con aplomo y entusiasmo. Muy recomendado como excelente introducción a un cristiano y ser humano notable”.

Michael A. G. Haykin, profesor de historia de la iglesia y
espiritualidad bíblica, Southern Baptist Theological Seminary;
autor de *El compañerismo misionero de William Carey*

“En este libro, encontramos un retrato fascinante del Lutero pastor, un hombre de carne y hueso que conoció los gozos y dolores espirituales y físicos de la vida, así como los formidables desafíos de ser cristiano en un mundo caído. Con una prosa elegante, llena de perspicacia pastoral y teológica y sazónada con su humor, Trueman mantiene a Lutero en su época y, al mismo tiempo, nos explica cómo el doctor alemán le habla a la nuestra. Su exploración de uno de los grandes escritores sobre la vida cristiana nos desafía a cancelar nuestros viajes de autoexploración y autoexpresión en busca de algo más auténtico. Desde una distancia de quinientos años, Lutero nos dice que la historia no se trata de nosotros, sino de lo que Dios ha hecho por nosotros”.

Bruce Gordon, profesor de historia eclesiástica,
Yale Divinity School

“Este libro combina hábilmente un profundo conocimiento histórico con gran sabiduría pastoral para presentarnos a un Lutero sin adornos, que seguramente sorprenderá y ofenderá a quienes solo conocen retratos edulcorados del Reformador de Wittenberg. Sin embargo, este es el Lutero que necesitamos, pues es el Lutero real (no las ficciones de los hagiógrafos) quien más tiene que enseñarnos sobre la vida cristiana. Tanto los lectores nuevos de Lutero como los veteranos se beneficiarán mucho del libro de Trueman”.

Scott R. Swain, profesor asociado de teología sistemática y
decano académico, Reformed Theological Seminary, Florida;
autor de *La Trinidad: una introducción*

“Eminentemente legible, divertido y siempre con la mirada puesta en la iglesia de hoy, Trueman nos adentra en el mundo de Lutero, con todo y sus demonios, y nos muestra la centralidad de la cruz y el poder objetivo de la Palabra de Dios en la comprensión que Lutero tenía de la vida cristiana. Lo más importante es que conocemos a Lutero en sus propios términos. Su visión elevada de la liturgia y de los sacramentos se presenta junto a sus opiniones más conocidas sobre la autoridad de las Escrituras y la justificación solo por la fe. Todos los que se interesen en Lutero o en la Reforma deben leer este excelente libro”.

Carl Beckwith, profesor asociado de historia y doctrina,
Beeson Divinity School

MARTÍN
LUTERO

sobre la vida cristiana

MARTÍN
LUTERO
sobre la vida cristiana

CRUZ Y LIBERTAD

CARL R. TRUEMAN

PRÓLOGO POR ROBERT KOLB
EPÍLOGO POR MARTIN E. MARTY



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#LuteroVidaCristiana

Martín Lutero sobre la vida cristiana

Cruz y libertad

por Carl R. Trueman

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Luther on the Christian Life: Cross and Freedom* © 2025 por Carl R. Trueman. Todos los derechos reservados. Publicado por Crossway; 1300 Crescent Street Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla RV60 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Reina Valera Contemporánea* © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-74-5

SDG

Para Catriona.

*Nombre gaélico de Catalina.
Que rima con el término latino catena.*

No hace falta decir más.

Contenido

Prefacio de la serie 11

Prólogo por Robert Kolb 13

Prefacio 17

Introducción: ¿Qué tiene que ver Ginebra con Wittenberg? 21

1. La vida cristiana de Martín Lutero 33

2. Teólogos, sacerdotes y reyes 61

3. La teología de la Palabra predicada 85

4. La liturgia de la vida cristiana 107

5. Vivir por la Palabra 125

6. Libres de Babilonia: El bautismo y la misa 145

7. Lutero y la justicia cristiana 169

8. La vida y la muerte en este reino terrenal: El gobierno, la vocación y la familia 187

Conclusión: La vida como tragedia, la vida como comedia 209

Epílogo por Martin E. Marty 215

Abreviaturas 219

Notas 221

Índice de las Escrituras 237

Prefacio de la serie

Algunos dirían que estamos malcriados. Vivimos en una época con recursos abundantes e importantes para que los cristianos vivan la vida cristiana. Tenemos acceso fácil a libros, series de video, material en línea y seminarios, todo para animarnos en nuestro caminar diario con Cristo. El laico que ocupa un banco en la iglesia dispone hoy de un caudal de conocimientos que supera lo que los grandes eruditos del pasado pudieron siquiera imaginar.

Sin embargo, pese a nuestra abundancia de recursos, también nos falta algo. Nos hacen falta las perspectivas del pasado, de un tiempo y lugar distintos a los nuestros. Tenemos tantas riquezas en nuestro horizonte actual que solemos ignorar los horizontes del pasado.

Esto es lamentable, en especial cuando se trata de aprender y practicar el discipulado. Es como ser dueño de una mansión y decidir vivir en una sola habitación. Esta serie nos invita a explorar las demás habitaciones.

Al explorar, visitaremos lugares y épocas diferentes de las nuestras. Veremos distintos modelos, enfoques y énfasis. Esta serie no pretende copiar estos modelos sin sentido crítico, ni tampoco poner a estas figuras del pasado en un pedestal, como si fueran súper cristianos. Más bien, esta serie busca ayudarnos en el presente a escuchar el pasado. Creemos que hay sabiduría en los últimos veinte siglos de la iglesia para vivir la vida cristiana.

Stephen J. Nichols y Justin Taylor

Prólogo

El pequeño fraile agustino que apenas lograba articular sus suspiros y lamentos delante de Dios finalmente halló una voz que resonó en toda la Europa occidental de su época. Sus palabras todavía hablan a la iglesia cristiana en todos los rincones del mundo hoy.

A algunos luteranos les gusta reclamar a Martín Lutero como si fuera su posesión exclusiva. Carl Trueman demuestra que el Reformador de Wittenberg pertenece a toda la iglesia de Jesucristo. Cuando los impresores unieron a Lutero con Johannes Gutenberg, difundieron sus conversaciones con Dios y con otros creyentes mediante la imprenta, no solo en su época, sino incluso hasta la nuestra. Trueman aprovecha esto y nos transmite la conversación. Desde su perspectiva como historiador comprometido con la confesión de la fe reformada, aborda con sensibilidad a esta figura separada de los cristianos del siglo veintiuno por siglos y culturas muy distintas. No obstante, interpreta a este pensador, con quien no siempre concuerda, como un interlocutor digno, interesante y vivaz. Aquí, Trueman ilumina tanto a luteranos como a cristianos de otras tradiciones sobre cómo Lutero interactuó con las Sagradas Escrituras y vivió su mensaje sobre el poder creativo y regenerador de Dios y Su profunda misericordia.

Desde una perspectiva ajena a la tradición que reclama el nombre de Lutero (y que a veces incluso ha tomado en serio su mensaje), Trueman guía al lector por los giros de la carrera de Lutero. Explica cómo el contexto del pensamiento ockhamista alemán y la piedad monástica interactuaron con los textos bíblicos que Lutero prometió interpretar para beneficio del pueblo de Dios cuando hizo su juramento como doctor en Sagrada Escritura,

un maestro de la Palabra de Dios. Este estudio traza con perspicacia la interacción de la conciencia turbulenta y sensible de Lutero con los escritores bíblicos y con una gran variedad de sensibilidades religiosas, tanto de sus parientes campesinos como de sus gobernantes y príncipes. Las citas de la propia pluma de Lutero, elegidas juiciosamente por Trueman, dan vida a su relato.

Lutero halló en las Escrituras que Dios no se complace en sacrificios externos, en el mero cumplimiento ritual del deber religioso. Dios es un Dios de conversación y de comunidad, un Dios cuyas palabras crean y constituyen la realidad. Finalmente, Lutero se vio inmerso en una conversación con este Dios, que había entrado en la existencia humana para morir en una cruz y dar vida de nuevo a Su pueblo. A menudo se piensa que Lutero estaba tan centrado en la cruz de Jesucristo que descuidó los frutos de la fe y la nueva obediencia a los planes del Creador para la vida humana. De hecho, Trueman aclara que, mientras el profesor predicaba a la congregación de Wittenberg y escribía para la instrucción de los lectores en las tierras alemanas, también enfatizaba que debemos vivir como hijos renacidos de Dios. Su sólida doctrina de la creación lo llevó a disfrutar los dones del Creador, tanto las bendiciones materiales como las relaciones entretajadas en la esencia misma de la vida humana en comunidad. Por tanto, abordó la necesidad y los deseos humanos dentro del entramado de la vida diaria, con todas sus tentaciones y todos sus llamados divinos a servir como máscaras de Dios en Su creación. En todas las luchas de Lutero contra su propia conciencia, contra campesinos obstinados y príncipes arrogantes, contra los poderes de Satanás que se le oponían y estaban listos para quemarlo en la hoguera, Trueman encuentra a “uno de nosotros” (p. 62), de quien podemos aprender mucho, ya sea que estemos de acuerdo con él en todos los puntos o no.

Así, este volumen nos presenta una conversación de otro “de nosotros” que a lo largo de los años ha observado a Lutero de cerca, lo ha escuchado atentamente y ahora comparte más que simples fragmentos de sabiduría. Este libro traza un plan para vivir la vida piadosa sobre la base de cómo Dios se dirige a Sus criaturas humanas como el Verbo hecho carne, la Palabra que entrega una promesa en formas orales, escritas y sacramentales. Así, concreta la sabiduría de otra época que encaja en la nuestra porque se

extrae de la Palabra de Dios. En este estudio, Trueman facilita una conversación gratificante a través de los siglos y lleva al lector a escuchar a Lutero a medida que este escuchaba a su Señor y hablaba con Él y con el pueblo fiel del Señor.

Robert Kolb

Concordia Seminary, St. Louis, Missouri
Biblioteca Duque Augusto, Wolfenbüttel, Alemania

Prefacio

He amado a Lutero casi desde que comprendí el evangelio por primera vez. Junto con Agustín, Aquino, Owen, Warfield, Lloyd-Jones y Packer, ha sido uno de mis compañeros teológicos privados. Además, me ha hecho reír con mucha más frecuencia que cualquiera de estos otros nombres ilustres. Por eso, el que me pidieran escribir sobre él para esta serie de Crossway fue tanto un honor como un deleite. No obstante, me siento tentado a sugerirte que dejes este libro a un lado y leas a Lutero por ti mismo, pues ¿quién querría mirar una fotografía del Gran Cañón o del Monte Everest si tiene la oportunidad de verlos por sí mismo? Sin embargo, para aquellos que deseen una introducción al gran e imperfecto genio de la Reforma de Wittenberg, confío en que este libro cumplirá su propósito y, de hecho, les abrirá el apetito por lo real.

Quisiera agradecer a Steve Nichols y a Justin Taylor por invitarme a escribir este libro y por ser excepcionalmente pacientes mientras incumplía una fecha límite tras otra. Corrieron un riesgo al pedirle a alguien ajeno a la tradición luterana que lo hiciera, pero espero que el producto final pase la prueba incluso entre los verdaderos luteranos. Y, como siempre, quisiera agradecer al resto del personal de Crossway que ayudó a llevar el libro desde el manuscrito hasta su publicación.

También deseo expresar mi profunda gratitud a Robert Kolb por tomarse el tiempo de leer el manuscrito y escribir un prólogo encantador y amable. Bob es un gran eclesiástico y erudito luterano. A través de sus escritos me ha enseñado a amar y entender a Lutero, y es un privilegio contar con su aprobación sobre la labor de este eclesiástico reformado. Asimismo,

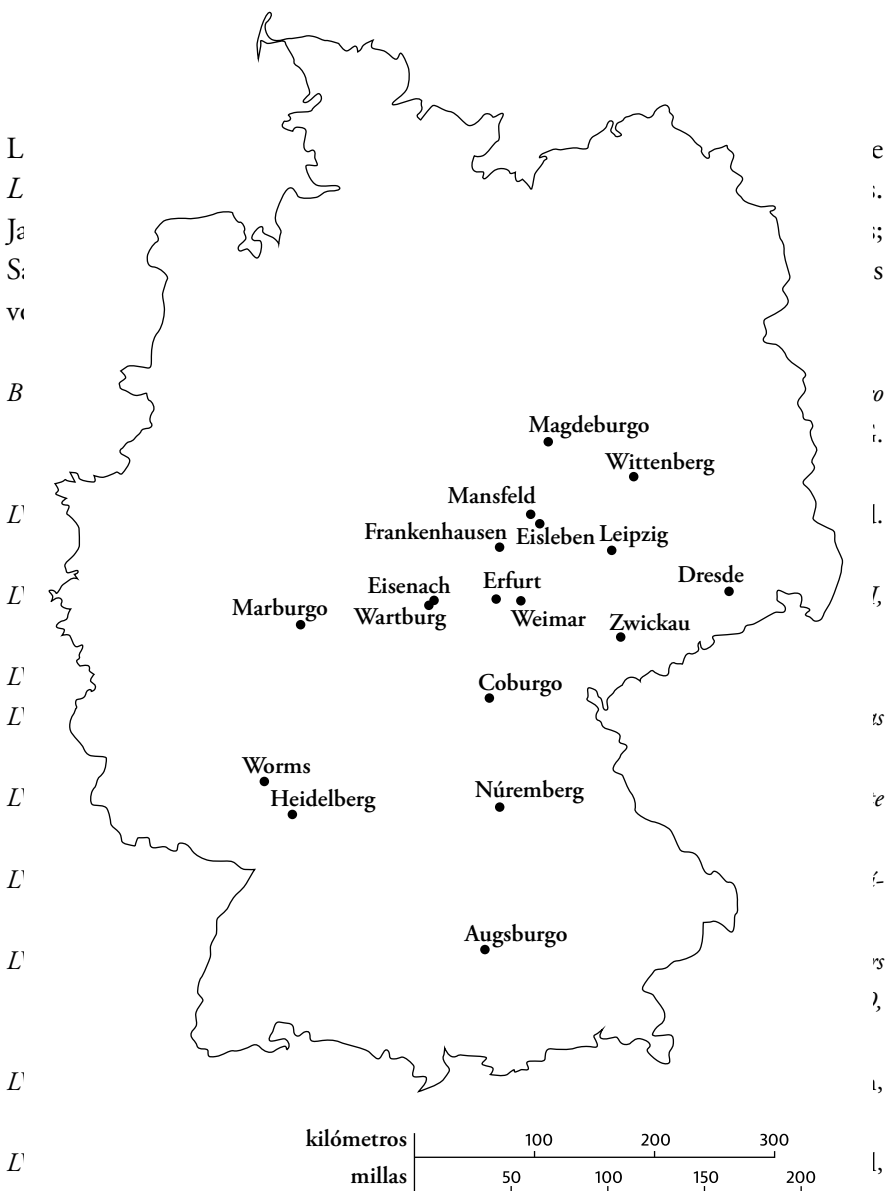
estoy agradecido, encantado y honrado de que Martin Marty haya aportado un epílogo tan amable.

Algunas de las ideas de este libro se pusieron a prueba en el Southern Baptist Theological Seminary en Louisville, Kentucky, donde tuve el honor de impartir las Conferencias Gheens en el otoño de 2012 sobre el tema de Lutero como pastor teológico. Por ello, estoy agradecido con el presidente Mohler y con el (entonces) decano Russell Moore por la amable invitación a pasar tiempo con sus estudiantes.

También estoy agradecido con la junta directiva y el cuerpo docente del Westminster Theological Seminary por concederme una licencia de estudios en la primavera de 2014 para terminar este libro; así como con Ben, Charles, Cris, Dick, Sandy y Tom. Como miembros del consistorio de la Cornerstone Presbyterian Church (OPC) en Ambler, Pensilvania y junto con la congregación, han brindado un hogar espiritual feliz donde mi familia y yo hemos sido alimentados regularmente con la Palabra y los sacramentos durante más de una década, aunque de una manera que el Dr. Martín no aprobaría del todo.

También debo dar las gracias a los amigos que me han enseñado mucho sobre la vida cristiana, especialmente el lugar que ocupa la risa, tan central para el propio Dr. Martín: Todd, Aimee, Matt, Max, Paul y Alicia. ¡Que sigan los chistes! Finalmente, dedico esta obra a mi propia “Lady Katy”. Como escribí en el último libro que le dediqué hace unos dieciséis años: *sine qua non*. Esto es aún más cierto hoy que entonces.

Ciudades citadas en la vida de Lutero, en un mapa de la Alemania moderna



Introducción

¿Qué tiene que ver Ginebra con Wittenberg?

*Fue hace mucho tiempo y fue muy lejos de aquí,
y fue mucho mejor de lo que es hoy.*

MEAT LOAF, "PARADISE BY THE DASHBOARD LIGHT"

["EL PARAÍSO JUNTO A LA LUZ DEL TABLERO"]

Es tradicional comenzar un libro como este con la pregunta: ¿por qué escribir un libro sobre Lutero y la vida cristiana? Sin embargo, en el caso del Reformador de Wittenberg, parecería innecesario. Después de Agustín, ningún teólogo de la iglesia ha influido más en la iglesia occidental que Lutero a lo largo de los siglos. Su protesta pastoral en el siglo dieciséis no solo precipitó la fragmentación de la iglesia medieval, sino que también muchas de sus preocupaciones particulares (la claridad de la Escritura, la centralidad de la Palabra predicada, la justificación por gracia mediante la fe y la Cena del Señor) ayudaron a definir el protestantismo en relación con el catolicismo romano y a determinar cómo las diferentes comuniones protestantes se entendieron entre sí. En resumen, entender el enfoque de Lutero sobre la vida cristiana es fundamental para entender las variedades del cristianismo occidental práctico durante los últimos quinientos años.

Sin embargo, los lectores de Lutero deben ser conscientes desde el principio de una serie de problemas. El primero es que su teología se presta a

frases cortas y dramáticas. Muchos que nunca han leído a Lutero en profundidad conocerán varias frases que usó o que popularmente se le atribuyen, como “teólogo de la gloria”, “teólogo de la cruz”, “justificación por gracia solo por fe”, “el Dios oculto y el Dios revelado”, “la esclavitud de la voluntad”, “la epístola de paja”. Ningún cristiano interesado en la teología puede dejar de sentirse intrigado por tal vocabulario; pero sentirse intrigado o familiarizado con estas frases no es lo mismo que entender exactamente lo que significan, y mucho menos cómo encajan en una visión integral de la vida cristiana.

Este problema es especialmente agudo si consideramos la propensión evangélica a reinventar a los héroes del pasado como evangélicos modernos. Numerosos personajes han sido sometidos a esto a lo largo de los años, Dietrich Bonhoeffer y C. S. Lewis, por nombrar solo dos de los más evidentes. La razón por la que esto ocurre no es inmediatamente clara, pero tal vez tenga algo que ver con la reticencia actual en la cultura occidental a relacionarse positivamente con cualquiera con quien se tengan serias diferencias ideológicas. Lamentablemente, esto a menudo significa que uno no puede aprender de los demás: si siempre volvemos a crear a los demás a nuestra propia imagen, nunca nos veremos desafiados verdaderamente por las formas en que difieren de nosotros.

Lutero no era un evangélico occidental moderno. De hecho, ni su mundo de pensamiento ni su mundo físico fueron los del evangelicalismo occidental. Para muchos evangélicos modernos, por ejemplo, el estudio bíblico privado es central para su comprensión de la vida cristiana, mientras que los sacramentos son periféricos. La tradición, en algunos círculos bautistas, de permitir bautismos repetidos para aquellos que siguen arrepintiéndose y no están seguros de si su bautismo anterior siguió verdaderamente a una profesión real de fe muestra cuán baja puede ser la visión que tienen los evangélicos del bautismo. Y pocos evangélicos consideran la Cena del Señor como algo más que una mera representación simbólica, si es que alguno lo hace.

Para Lutero, sin embargo, la idea de que el estudio bíblico privado pudiera ser un elemento básico universal de la vida cristiana habría sido extraña: después de todo, pocos de sus feligreses sabían leer, incluso si podían pagar un libro. En cuanto a los sacramentos, la comprensión de Lutero

sobre la justificación está impulsada en gran parte por su cambiante perspectiva del bautismo; “He sido bautizado” fue su defensa contra las tentaciones que el diablo le susurraba al oído; y se mantuvo firme en afirmar que Ulrico Zuinglio era de un “espíritu diferente”, con lo que cuestionó su cristianismo, precisamente porque el teólogo suizo argumentaba que la Cena del Señor era simbólica. En resumen, Lutero no habría reconocido la piedad evangélica típica ni sus actitudes sobre el bautismo; y si hubiera sido congruente con su retórica contra Zuinglio, en realidad habría descartado a todos los evangélicos, a los anglicanos del Libro de Oración y a los presbiterianos como “de otro espíritu” debido a su desacuerdo con él sobre la Cena. Por supuesto, Lutero a menudo era grandilocuente y no siempre debemos tomarlo al pie de la letra. Sin embargo, incluso si no hubiera negado el cristianismo de todos aquellos que diferían de él en cuanto a la Cena, sí los habría considerado gravemente deficientes en su comprensión de la fe cristiana.

De hecho, Lutero y su mundo son profundamente ajenos a las sensibilidades del evangelicalismo moderno. La piedad de Lutero estaba arraigada en la reunión de la iglesia, en la Palabra predicada más que en la Palabra leída y en los sacramentos del bautismo y de la Cena del Señor. Además, su mundo era uno donde el diablo andaba suelto, donde lo sobrenatural permeaba lo natural, donde la batalla en el corazón humano entre el viejo hombre y el nuevo también tenía un paralelo en la gran lucha cósmica entre Dios y el diablo por el destino del alma de cada individuo. El Lutero héroe de la mitología evangélica que todos conocemos debe dejarse de lado si queremos aprender sobre el Lutero teólogo de la vida cristiana.

Este problema de familiaridad y facilidad para ser citado se ve agravado por un segundo problema al acercarnos a Lutero: la creencia común de que no era un pensador sistemático. En un sentido, esta afirmación es cierta: Lutero no escribió una *summa* integral o teología sistemática del tipo que produjo Aquino. En la tradición luterana temprana, esta tarea recayó en su brillante y más joven colega, Philipp Melancthon (1497–1560), cuyos *Loci Communes* [*Lugares comunes*] cumplieron ese papel desde 1521 en adelante. Sin embargo, no debemos cometer el error de asumir que, porque no escribió ningún sistema de teología, su pensamiento no era

notablemente congruente tanto en su contenido como, de hecho, en su desarrollo. A lo largo de muchas décadas, Lutero escribió una gigantesca cantidad de teología en una amplia variedad de géneros, desde sermones hasta tratados polémicos, cartas pastorales, himnos y catecismos. ¿Se contradice a sí mismo en algunos puntos? Probablemente. ¿Quién no lo haría después de escribir millones de palabras sobre un enorme espectro de temas durante casi cuarenta años? Ahora bien, ¿es el contenido general de su pensamiento tanto congruente como sofisticado? Absolutamente, como lo atestigua la gran cantidad de síntesis de su pensamiento que se han producido a lo largo de los años. Por lo tanto, la sofisticación y la congruencia de su pensamiento exigen que los lectores de su obra (y más aún los que citan sus términos y frases bien conocidas) se aseguren de situarlo en el contexto general de su teología, para no usarlo con un propósito que el propio Lutero habría repudiado.

Esto, a su vez, conduce a un tercer problema, que surge de la familiaridad superficial que muchos de los admiradores de Lutero tienen con su pensamiento: la propia biografía de Lutero es crucial para entender la naturaleza y el desarrollo de su pensamiento. En cuanto al tema de este volumen en concreto: no podemos entender la visión de Lutero sobre la vida cristiana en general sin entender su propia vida cristiana en particular.

Algo interesante sobre la recepción de Lutero en los círculos protestantes evangélicos contemporáneos es que el Lutero de la Reforma *temprana* (el Lutero de la Disputa de Heidelberg, de *La libertad del cristiano* y de *La esclavitud de la voluntad*) es el que suele proveer las citas, las frases célebres y los clichés. Por lo tanto, es el Lutero de 1525 y de años anteriores quien recibe toda la atención. El problema con esto es que Lutero vivió otros veintiún años después de su choque con Desiderio Erasmo, años marcados no solo por el conflicto doctrinalmente definitorio con Zuinglio, sino también por la consolidación institucional y práctica de la Reforma luterana a nivel fundamental. Después de todo, la Reforma fue una obra en desarrollo durante la vida de Lutero: su teología destrozó viejos patrones pastorales y transformó las expectativas prácticas y experienciales de los cristianos. Aunque sí resolvió algunos de los difíciles problemas que generó el catolicismo medieval tardío, también planteó nuevas preguntas y creó nuevos

problemas que luego tuvieron que abordarse. No basta con citar la Disputa de Heidelberg ni *La libertad del cristiano* de Lutero sin ver cómo la teología de estos documentos afectó al mundo de su época y cómo Lutero y sus colegas tuvieron que refinar su pensamiento y prácticas a la luz de esta realidad.

Para dar al lector un pequeño anticipo de lo que deseo argumentar en capítulos posteriores, me parece que el Lutero posterior a 1525 es vital para entender su visión de la vida cristiana. Para ese entonces, estaba ya envejeciendo y sintiendo los efectos de la edad. También sufría ataques crónicos de estreñimiento desde su estancia sedentaria en el castillo de Wartburg en 1521. Además, para Lutero era cada vez más claro que no vivía en el umbral del regreso de Cristo, que la mera predicación de la Palabra no garantizaría el progreso del reino y el buen orden de la iglesia. En 1522, Lutero podía explicar alegremente el éxito de la Reforma y comentar que solo se sentaba en la taberna a beber cerveza con Amsdorf y Melanchthon mientras la Palabra de Dios hacía todo el trabajo; no obstante, los años posteriores a 1525 le enseñaron que las cosas eran mucho más difíciles. La Guerra de los Campesinos de 1525 y la disputa con Zuinglio a lo largo de la segunda mitad de la década de 1520 demostraron cuán ilusorio era el consenso protestante y cuán peligrosos eran los tiempos en el ámbito social. El creciente antinomismo en las parroquias mostró cómo la predicación de la Palabra necesitaba establecerse dentro de un marco pastoral y eclesiástico más disciplinado. El hecho de que el emperador no se suscribiera a la Confesión de Augsburgo, que el papa no reconociera la corrección de la postura de Lutero y que los judíos no se convirtieran al cristianismo indicaba que la Reforma sería un largo camino.

Si el joven Lutero, como los soldados británicos de 1914, había asumido que el conflicto terminaría para Navidad, el Lutero posterior sabía que la lucha en realidad duraría hasta el fin de los tiempos (y que eso estaba mucho más lejos en el futuro de lo que jamás imaginó, incluso en sus peores pesadillas). Mientras tanto, los imperativos morales, la pedagogía coherente y las estructuras de la iglesia tenían que volver a entrar en escena para garantizar la preservación del evangelio para las generaciones futuras.

Dadas todas las advertencias que el lector moderno necesita al aproximarse a Lutero, ¿qué tiene de único este hombre que lo hace particularmente

útil como interlocutor sobre la vida cristiana en la actualidad? Evidentemente, como se señaló antes, definió muchos de los términos de los debates protestantes sobre el cristianismo en general. Sin embargo, hay mucho más en él que esto. Como teólogo y pastor, luchaba continuamente con la conexión entre sus ideas teológicas y la vida y experiencia de las personas bajo su cuidado. Esto dio a gran parte de sus escritos una dimensión claramente pastoral. Además, era (para ser teólogo) inusualmente abierto en cuanto a su propia vida y experiencias. Lutero tenía una pasión personal que no tiene contraparte evidente en los escritos de otros reformadores importantes. Las cartas de Calvino contienen perspectivas sobre su vida privada, pero sus conferencias, comentarios y tratados ofrecen poca o ninguna luz sobre la vida interior del hombre mismo. John Owen sobrevivió a la pérdida de sus once hijos, pero nunca mencionó la devastación personal que esto debió de producir en su mundo. Lutero era diferente: vivió su vida privada como un drama público. A diferencia de lo que muchos hacen hoy en programas de entrevistas, Twitter y blogs personales, no lo hizo para aumentar su prestigio, sino con ironía, humor y un ocasional patetismo. Sin embargo, lo hizo de todos modos y esto lo convierte en un caso de estudio práctico fascinante de autorreflexión sobre la vida cristiana.

En los ocho capítulos siguientes, ofrezco un relato de la comprensión de Lutero sobre la vida cristiana que parte del hecho de que él mismo vivió una vida cristiana dramática. Con demasiada frecuencia se trata a los teólogos como si fueran simplemente colecciones abstractas de ideas. Lutero era un hombre de carne y hueso; fue hijo, sacerdote, pastor, predicador, político, polemista, profesor, esposo, padre, compañero de copas, humorista, depresivo, un hombre que tuvo que pararse más de una vez ante la tumba de uno de sus amados hijos. Bautizó bebés, celebró matrimonios, escuchó confesiones, presidió funerales. Todas estas cosas moldearon su teología. De hecho, escribió su teología inmerso en la sucia realidad de la vida cotidiana.

En este punto, tal vez sea útil mencionar lo que no hago en esta obra. En primer lugar, no interactué extensamente con la vasta y creciente literatura académica sobre Lutero. Mi propósito es exponer a Lutero de una manera que introduzca su pensamiento sobre la vida cristiana a una audiencia cristiana reflexiva. Por lo tanto, los debates sobre los puntos controvertidos

de interpretación de su obra generalmente no entran en mi ámbito. La única excepción es quizá su visión de la santidad en la vida cristiana, pero esto está impulsado más por los debates contemporáneos en la iglesia que por la dinámica de los estudios académicos sobre Lutero.

En segundo lugar, no ofrezco una crítica significativa de Lutero. Podría haber dedicado tiempo a analizar aquellos puntos donde los luteranos y los presbiterianos no están de acuerdo y haber aprovechado la oportunidad para promover mi propia posición confesional, pero me esforcé por evitar esta tentación. Más bien, he expuesto la teología de Lutero en sus propios términos. Sí, tengo desacuerdos significativos con Lutero en asuntos como el bautismo y la Cena del Señor, pero estos desacuerdos no figuran en los siguientes capítulos.

Al final de cada capítulo, he incluido una breve sección donde ofrezco algunas reflexiones sobre cómo el tema del capítulo podría aplicarse a la iglesia y a los cristianos de hoy. En esto, siempre existe la posibilidad de ser anacronista. Como en la cita de Meat Loaf al principio de esta introducción, puede haber una tendencia a idealizar el pasado y a usar estudios como este solo como excusa para la nostalgia y para lamentar la pérdida de una edad de oro. Esto no sirve de nada y es históricamente falaz: después de todo, el pasado no fue tan bueno. Sin embargo, como cristianos, tenemos la responsabilidad, de hecho, el privilegio y el mandato, de dialogar constructivamente con los santos del pasado para ayudarnos a pensar con claridad en el presente. Dada la importancia trascendental de Lutero para el protestantismo, interactuar con su pensamiento es vital. Confío en que estas secciones de reflexión serán tanto desafiantes como alentadoras.

En cuanto al contenido general de los capítulos, en el capítulo 1 describo la vida de Lutero a través de sus muchos episodios dramáticos. Este capítulo tiene muy pocas notas al pie, pues el lector debería recurrir a las obras de Bainton, Marty y, sobre todo, Brecht, enumeradas al final de esta introducción, para conocer los detalles de la vida de Lutero. Sin embargo, es necesario algún conocimiento de su biografía para entender su teología. La lucha misma de Lutero con Dios definió su comprensión de la Palabra de Dios de manera profunda. Además, entender tanto sus fortalezas como

sus terribles defectos ayudará al lector a tener una visión realista del hombre, con todo y sus fallas.

En el capítulo 2, examino algunos de los conceptos teológicos fundamentales del pensamiento de Lutero. Con la Disputa de Heidelberg como punto de partida, exploro la distinción clave entre el teólogo de la gloria y el teólogo de la cruz. Esas categorías básicas moldean toda la comprensión de Lutero sobre la vida delante de Dios. Luego, describo su entendimiento de la justificación, así como su perspectiva de los seres humanos como simultáneamente justos y pecadores, antes de ver su noción del sacerdocio y el reinado de todos los creyentes. La debilidad es fortaleza; este es el mensaje general de Dios en Cristo, un poderoso antídoto contra los excesos nietzscheanos de nuestro mundo actual.

En el capítulo 3, me enfoco en la Palabra predicada. Lutero tenía una perspectiva profundamente teológica de la Palabra de Dios. Esta moldeó sus puntos de vista sobre la creación, sobre la acción de Dios en general y sobre Su acción específica en la salvación. Hay un valor real en reflexionar sobre las ideas de Lutero en este punto, porque le recuerdan al predicador que su tarea no descansa en su propia fuerza ni elocuencia, sino en el poder del Dios que habla a través de él.

En el capítulo 4, vemos cómo, para Lutero, la vida cristiana tenía un aspecto intensamente litúrgico. Los fundamentos de la vida cristiana eran rutinarios y ordinarios: memorizar el Decálogo, el Credo de los Apóstoles y el Padre Nuestro. Lutero diseñó liturgias y catecismos para ello. Quizás vivamos en una era en la que todo tiene que ser “radical” y “revolucionario”. Para Lutero, lo más radical que uno podía hacer era memorizar los fundamentos de la fe con la simple confianza de un niño pequeño.

En el capítulo 5, examino cómo obra la Palabra en la vida de los individuos. Fundamental para esto es la idea de Lutero de que escuchar la Palabra de Dios implica palabras, meditación y “pruebas” (o, para usar el término alemán, *Anfechtungen*). La Palabra se dirige a nosotros en lo más profundo de nuestro ser; estudiarla nunca es un ejercicio puramente cerebral o rutinario. Se apodera de nuestra alma, nos lleva a la desesperanza y nos eleva hasta las mismas puertas del cielo.

En el capítulo 6, llegamos al ámbito donde los evangélicos modernos tendrán menos simpatía por Lutero: los sacramentos. Sin embargo, aquí podemos aprender de él aun si diferimos. La gran objetividad del regalo de Dios para nosotros en Cristo fundamenta el pensamiento de Lutero, al igual que su absoluta convicción de que la encarnación significa que Dios trata con los pecadores quebrantados en formas tangibles y débiles que los teólogos de la gloria desprecian.

En el capítulo 7, abordo las complejas cuestiones que rodean el pensamiento de Lutero sobre la justicia real e intrínseca. Aquí, presento el argumento al que aludí anteriormente: que el canon popular de Lutero de unas pocas obras selectas anteriores a 1525 no es una base probatoria suficiente para sacar conclusiones más amplias sobre su teología madura.

Finalmente, en el capítulo 8, examino a Lutero y la vida real: la vida en la esfera pública, las vocaciones terrenales, el matrimonio y la familia. Lutero, quizá más que cualquier otra persona en el siglo dieciséis, revolucionó el pensamiento sobre todos estos asuntos y, por lo tanto, merece nuestra atención.

Al cerrar esta introducción, tal vez sea momento de mencionar por qué yo mismo considero a Lutero un tema de estudio personal tan digno. No soy exactamente terreno fértil para Lutero: soy un presbiteriano reformado que sostiene una visión de la Cena del Señor y una cristología correspondiente que Lutero habría denunciado como absolutamente no cristiana. De hecho, como señalé antes, al examinar la serie de la que forma parte este volumen, parece que soy el único autor que podría decir que está claramente fuera de la amplia tradición que representa el tema elegido. Además, rara vez he utilizado alguno de los comentarios o discursos de Lutero para aclarar un punto exegético. Francamente, carece de la precisión y la sensibilidad al texto bíblico que uno encuentra en Calvino. Entonces, ¿por qué, a pesar de los muchos intentos a lo largo de los años por dejar de estudiar a Lutero, me siento atraído hacia él una y otra vez? ¿Y por qué enseño su pensamiento cada año desde hace más de dos décadas a estudiantes de pregrado y posgrado en ambos lados del Atlántico?

En primer lugar, cuando era estudiante, me influyó profundamente un comentario que me hizo mi supervisor de doctorado, el experto en

Zuinglio, Peter Stephens. Peter es un metodista arminiano muy sacramental que siente poca simpatía personal hacia Zuinglio. Sin embargo, me dijo que consideraba un desafío apropiado para un cristiano ver si podía escribir con imparcialidad y entusiasmo sobre alguien con quien discrepaba radicalmente. De esta manera, dijo, podía estar seguro de que su análisis y conclusiones no estaban motivados por prejuicios.

Siempre he valorado este comentario como un sabio consejo y ahora tengo la oportunidad de ver si soy digno de situarme en la tradición del enfoque de mi mentor académico. No diría que estoy en desacuerdo *radical* con gran parte de Lutero, salvo en su perspectiva de los sacramentos (aunque esto bastaría para convertirme en un radical a los ojos de Lutero). Sin embargo, él no pertenece a mi tradición, aunque lo encuentro útil. Por lo tanto, acepté escribir el libro por cierto espíritu de contradicción metodológica.

En segundo lugar, me parece que Lutero es uno de los teólogos más humanos que existen, ciertamente entre los protestantes. Su humor, por sí solo, hace que le tome cariño. Las últimas palabras que escribió (“Somos mendigos: es la verdad”) ponen en una perspectiva tragicómica todas las pretensiones humanas de grandeza y divinidad. Un teólogo que, en última instancia, nos ayuda a recordar que no tenemos importancia terrenal duradera alguna cobra una importancia crucial en una era obsesionada con la cantidad de seguidores en Twitter y de amigos en Facebook.

En tercer lugar, considero que Lutero aborda algunas de las preguntas más básicas de la existencia humana: la desesperanza, la enfermedad, el sexo, el amor, el duelo, los hijos, los enemigos, el peligro, la muerte. Lutero toca todos estos temas y siempre con una anécdota inusual, un comentario perspicaz, un toque humano. En este hombre no hay una piedad falsa, seca ni tediosa. Vivió su vida cristiana al máximo, con toda su crudeza.

En cuarto lugar, me parece que Lutero es divertido. ¿Quién más describiría cómo una mujer espantó al diablo soltándole una flatulencia en la cara, para luego advertir a sus oyentes que no hicieran lo mismo, pues podría resultar letal? Cualquier teólogo con consejos así merece ser leído.

Por último, amo a Lutero porque su mayor ambición era dejar que Dios fuera Dios. Y al hacerlo se dio cuenta de que el amor de Dios no encuentra, sino que crea, aquello que es digno de Su amor.

Y con ese pensamiento, al cual volveremos, pasemos a la vida de Lutero.

Lecturas adicionales

Dos selecciones útiles de los escritos principales de Lutero son:

Dillenberger, John, ed. *Martin Luther: Selections from His Writings* [*Martín Lutero: selecciones de sus escritos*]. Garden City, NY: Doubleday, 1961.
Lull, Timothy F., ed. *Martin Luther's Basic Theological Writings* [*Escritos teológicos básicos de Martín Lutero*]. Mineápolis: Fortress, 1989.

A lo largo de este libro, cito la traducción estándar al inglés de varios volúmenes, *Luther's Works* [*Obras de Lutero*], producida inicialmente bajo la dirección editorial general de Jaroslav Pelikan y publicada ahora por Concordia (para títulos de volúmenes específicos, ver la tabla de abreviaturas, que aparece al final).

Las mejores biografías introductorias en inglés son:

Bainton, Roland H. *Here I Stand: A Life of Martin Luther* [*Heme aquí: la vida de Martín Lutero*]. Londres: Forgotten Books, 2012.
Marty, Martin E. *Martin Luther: A Life* [*Martín Lutero: una vida*]. Nueva York: Penguin, 2004.

Sin embargo, para el verdadero aficionado a Lutero, la mejor biografía en inglés es:

Brecht, Martin. *Martin Luther* [*Martín Lutero*]. 3 vols. Mineápolis: Fortress, 1985–1993.

Los resúmenes de la teología de Lutero abundan. Entre los mejores están:

Kolb, Robert. *Martin Luther: Confessor of the Faith* [*Martín Lutero: confesor de la fe*]. Nueva York: Oxford University Press, 2009.

Lohse, Bernhard. *Martin Luther's Theology: Its Historical and Systematic Development* [*La teología de Martín Lutero: su desarrollo histórico y sistemático*]. Traducido y editado por Roy A. Harrisville. Edimburgo: T&T Clark, 1999.

Por último, para cualquier persona interesada en cómo puede utilizarse la teología de Lutero para dar forma a la vida de la iglesia actual, ver:

Kolb, Robert y Charles P. Arand. *The Genius of Luther's Theology: A Wittenberg Way of Thinking for the Contemporary Church* [*El genio de la teología de Lutero: una forma de pensar de Wittenberg para la iglesia contemporánea*]. Grand Rapids: Baker, 2008.

1

La vida cristiana de Martín Lutero

*El pasado es un país extranjero; allí
se hacen las cosas de otra manera.*

L. P. HARTLEY, *EL MENSAJERO*

Martín Lutero, el hombre a quien quizás debería atribuírsele la mayor responsabilidad por la ruptura de la iglesia occidental en la Reforma, provenía de un origen relativamente humilde que no daba indicios de la polémica estatura que alcanzaría más tarde. Nació el 10 de noviembre de 1483, hijo de Hans y Margarethe Lutero, en el pueblo de Eisleben. Irónicamente, aunque este pueblo desempeñó un papel pequeño en la vida de Lutero en general, moriría allí en 1546, poco después de predicar su último sermón en la iglesia local.

Hans Lutero era un hombre de campo, pero según las leyes de herencia medievales, no heredó la granja familiar. En cambio, como hijo mayor, se esperaba que se labrara su propio camino en el mundo. Así lo hizo, primero como minero y luego como gerente de una mina. La necesidad de trabajo obligó a la familia Lutero a dejar Eisleben para ir a Mansfeld apenas unas semanas después del nacimiento de Martín, pero Hans finalmente tuvo éxito y ascendió hasta alcanzar una posición gerencial.

Como muchos padres que han trabajado duro y experimentado movilidad social, Hans Lutero tenía grandes esperanzas para su hijo. Por eso,

decidió que el joven Martín no tendría que dedicarse al duro trabajo físico que había marcado su propia juventud, sino que iría a la universidad a estudiar Derecho. Así fue como, en 1501, Martín dejó su hogar y se matriculó en la Universidad de Erfurt.

Los estudios en la universidad eran típicos de las instituciones de la Baja Edad Media. Derecho era una de las tres facultades superiores, junto con Medicina y Teología y, para poder estudiarla, el estudiante primero debía aprobar el plan de estudios de artes generales, como lo hizo Lutero. Por lo tanto, era un hombre típico de su época al seguir una educación nada excepcional. Sin embargo, este comienzo ordinario se vería interrumpido dramáticamente.

En 1505, mientras regresaba a la universidad después de una visita a sus padres, Lutero se encontró en una situación que cambió su vida para siempre. Atrapado en una tormenta eléctrica, por poco murió cuando un rayo cayó a su lado. Hoy consideramos estas cosas como fenómenos naturales, el resultado de desequilibrios iónicos masivos en la atmósfera, generados por la colisión de cristales de hielo a gran altitud; en los días de Lutero, eran actos sobrenaturales de Dios, indicios del juicio divino. En consecuencia, cuando el rayo impactó la tierra junto a él, Lutero se tiró al suelo y gritó: “¡Santa Ana, sálvame y me haré monje!”. Como Santa Ana es la patrona de los mineros, es muy probable que fuera instintivo para Lutero invocar a la santa que, presumiblemente, ocupaba un lugar central en la piedad del hogar en el que había crecido.

Toda la evidencia sugiere que Lutero era un joven bastante fervoroso e intenso. Este voto a Dios, aun pronunciado en pánico ante lo que debió pensar que sería el momento de su muerte, fue para él un asunto muy serio y a los pocos días se presentó en la puerta del claustro agustino en Erfurt.

La elección de la orden agustina podría parecer significativa a primera vista. Dado que lleva el nombre del gran obispo Agustín de Hipona, el gran oponente de Pelagio, ¿no podría haber elegido Lutero esta orden debido a su perspectiva de la gracia de Dios? Es improbable. Ciertamente el nombre se tomó de Agustín, pero la orden misma no estaba particularmente comprometida con un agustinismo especialmente puro. De hecho, ya que toda la teología medieval era hasta cierto punto un diálogo con Agustín, podría

decirse que se puede catalogar toda la teología medieval como agustina en términos generales.

La decisión de Lutero de abandonar una carrera de Derecho potencialmente lucrativa y de seguir una vocación monástica resultó extremadamente perturbadora para Hans y la relación entre padre e hijo se vio gravemente afectada durante algunos años. En los estudios modernos sobre Lutero, esto ha llevado al psicoanalista y escritor Erik Erikson a argumentar que las luchas teológicas de Lutero fueron en realidad una proyección sobre Dios de su disputa con su padre. Así, Lutero aparentemente buscaba estar bien con Dios cuando, en realidad, buscaba estar bien con su padre terrenal.

Los cristianos evangélicos han tendido a descartar la tesis de Erikson como especulativa y reduccionista. De hecho, si bien es indudablemente reduccionista convertir la teología de Lutero en un mero código de sus ansiedades personales familiares, sin duda también es cierto que la relación entre un padre y un hijo es compleja e importante. Por lo tanto, es lógico pensar que la desaprobación de Hans hacia el ingreso de su hijo en el claustro impactó la vida de Lutero de manera significativa.

Quizá el momento más intenso en el drama entre padre e hijo se produjo como resultado de otra decisión que tomó Lutero: convertirse en sacerdote. Los monjes eran miembros de órdenes religiosas, pero no necesariamente eran ordenados al sacerdocio y, por lo tanto, no tenían los deberes sacramentales y las responsabilidades pastorales del sacerdote parroquial. Lutero, sin embargo, fue ordenado sacerdote en 1507 y ofició su primera misa. Fue un momento de gran dramatismo para él: no solo estaba presente su padre, sino que Lutero también era consciente de que, como sacerdote, en efecto estaba “haciendo”, tocando y sosteniendo el verdadero cuerpo y sangre de Cristo en el pan y la copa. La pregunta que ardió en el alma de Lutero durante muchos años se agudizó en ese momento: ¿cómo podía él, sabiendo lo pecador que era, estar tan cerca de un Dios santo y justo?

Los protestantes posteriores a menudo han olvidado que las luchas existenciales de Lutero con la justicia de Dios no pueden separarse de su teología sacramental. La misa dejó una impresión duradera en su alma, no solo porque estaba “haciendo” a Dios, sino también porque más tarde llegó a ver la perspectiva medieval de la misma como la pieza central de una justicia

por obras que solo servía para engañar a los individuos al hacerles pensar que estaban realizando buenas obras. La transustanciación no era lo que encontraba tan desagradable en el sacramento medieval; era la implicación de sacrificio, de ofrecer algo a Dios, lo que le resultaba tan perturbador.

En 1508, Lutero fue transferido de Erfurt a la relativamente nueva Universidad de Wittenberg. Fundada en 1502 por Federico el Sabio, elector de Sajonia, esta sería su hogar, con breves excepciones, por el resto de sus días. Más adelante en la historia de Lutero, esta universidad tuvo dos puntos particulares de importancia. Primero, era una fundación nueva y, como tal, su fundador ansiaba que se hiciera un nombre. Cuando Lutero cobró notoriedad en 1517 y en adelante, no sorprende que Federico ejerciera su influencia para proteger a su controvertido profesor. Entonces, como ahora, existía la sensación de que toda publicidad podía al menos convertirse en buena publicidad si el momento era el adecuado.

El otro factor significativo fue la ubicación de la institución en el Electorado de Sajonia. Aunque Carlomagno había fundado el Sacro Imperio Romano en el año 800, este había experimentado un considerable desarrollo político en la Edad Media. Bajo la Bula de Oro de 1356, se estableció que el emperador debía ser nombrado por el voto de un colegio de siete electores, entre los cuales figuraba el príncipe de Sajonia. Así, cuando Lutero se mudó a Wittenberg en 1508, quedó bajo la autoridad (y, lo que es crucial, la protección) de un elector imperial. Esta posición otorgó efectivamente a Federico el Sabio poder político e influencia más allá de lo que la fuerza económica y militar de su territorio sugerían. Con el desarrollo de la historia, también significó que Lutero estaba mucho más seguro allí de lo que podría haber estado en otro lugar.

Durante el resto de su vida, Lutero tendría el doble rol de profesor de teología y pastor. Como profesor, siguió la trayectoria profesional típica de un teólogo de la baja Edad Media: dictó conferencias sobre los *Cuatro libros de sentencias* de Pedro Lombardo y, luego, sobre grandes secciones de las Escrituras. Es por ignorancia y esnobismo que el protestantismo moderno ridiculiza a la Edad Media por no estudiar el texto de la Escritura. Si bien es cierto que el texto predilecto (de hecho, para la mayoría, el único texto accesible) era la Vulgata Latina, se esperaba que el profesor medieval

promedio hubiera realizado la exégesis de más pasajes bíblicos que cualquier profesor de seminario en Norteamérica hoy en día, antes de que se le considerara mínimamente competente como teólogo.

En los años 1510–1511, Lutero viajó a Roma por asuntos de la Orden Agustina. Como para muchos antes y después, su visita a la Ciudad Eterna fue una experiencia profundamente conmovedora y conflictiva. Además de su evidente importancia histórica y teológica, le impresionaron las oportunidades de piedad que representaba la ciudad, con su multitud de reliquias y artefactos religiosos. Sin embargo, también fue testigo de primera mano de la corrupción que coexistía en medio de la piedad. Las escenas de excesos que presenció en la corte papal determinarían sus opiniones posteriores sobre el papado y, de hecho, alimentarían el tipo de retórica que estuvo dispuesto a desplegar en su contra.

De vuelta en el aula, Lutero continuó realizando la exégesis de libros de la Escritura, particularmente los Salmos y Romanos. Esta labor rutinaria tendría un gran impacto en su teología, ya que condujo a dos cambios significativos en su pensamiento entre 1512 y 1517. Primero, cambió de opinión sobre la naturaleza del pecado y el bautismo. Le habían enseñado que el pecado era un *fomes*, similar a un trozo de yesca. La implicación era que el pecado era una debilidad que debía tratarse a través de los sacramentos. Podría decirse que este entendimiento del pecado implicaba que el bautismo debía entenderse como una especie de mitigación del problema o solución temporal. Una vez que el pecado mostraba su horrible rostro dentro de la vida del sujeto después del bautismo, entonces había necesidad de un tratamiento moral adicional que consistía en los demás sacramentos. Lutero, sin embargo, se convenció de que el pecado implicaba que los seres humanos estaban moralmente muertos. Exploraremos esto con más detalle en los capítulos siguientes, pero el punto clave a notar aquí es que este cambio de perspectiva surgió de sus esfuerzos por lidiar con la enseñanza de los Salmos y de Pablo. Estas labores de exégesis intensificaron su comprensión de la gravedad del pecado: los pecadores ya no eran sumamente defectuosos; estaban muertos. El pecado es un problema de raíz. Define a los seres humanos ante Dios de una manera profunda y radical. Y esto tiene

todo tipo de implicaciones sobre la forma en la que deben entenderse la humanidad caída y la salvación.

Una implicación inmediata es que la comprensión personal sobre el bautismo debe cambiar: el bautismo ya no puede ser simplemente una mitigación de la debilidad y las tendencias pecaminosas. Si el pecador está muerto, entonces necesita más que limpieza o incluso sanidad; necesita ser resucitado. Así, Lutero pasó de ver el bautismo principalmente como un símbolo de lavado o limpieza a verlo como señal de muerte y resurrección.

Esto apunta al segundo cambio que requirió esta alteración sobre el bautismo y el pecado: una reevaluación crítica del camino de la salvación que Lutero había aprendido de sus maestros medievales. Lutero fue educado en lo que los estudiosos posteriores han denominado la *via moderna*. Esta tradición teológica está estrechamente asociada con teólogos medievales posteriores como Guillermo de Ockham (1288–1347) y Gabriel Biel (c. 1420–1495). Este último fue especialmente importante para Lutero, ya que tuvo que estudiar y dar conferencias sobre el texto fundamental de Biel *El canon de la misa* (1488). En esencia, Biel entendía a Dios como totalmente trascendente y soberano, capaz de hacer lo que Él quisiera, excepto contradecirse a Sí mismo. Así, por ejemplo, Él podía hacer un mundo donde los seres humanos tuvieran cuatro piernas, pero no podía hacer un mundo donde los triángulos tuvieran cuatro lados. Esto es a lo que los teólogos medievales se referían típicamente como el *poder absoluto* de Dios.

Sin embargo, el mundo es estable, contiene un número finito de objetos y, por lo tanto, atestigua que el poder absoluto de Dios no se ejerce plenamente. Así, los teólogos medievales postularon que Dios también tiene un *poder ordenado*, un conjunto finito de posibilidades que Dios realmente ha elegido ejercer. Biel aplicó esto a la esfera de la salvación: Dios puede exigir perfección a los seres humanos antes de darles gracia, pero, de hecho, ha condescendido por medio de un *pactum* (o pacto) dar gracia a “aquel que hace lo que está en sí mismo”, una traducción literal de la primera parte de la frase en latín, *facienti quod in se est, Deus gratiam non denegat*.

Al principio, este concepto parece muy útil. En respuesta a la pregunta de Lutero: “¿Cómo puedo ser justo ante un Dios justo?”, uno podría responder: “Haz lo que está en ti”, es decir, esfuérzate al máximo. También

debemos notar que el entendimiento subyacente de lo que hace justo al ser humano ante Dios pasa en este sistema de ser una cualidad intrínseca en el cristiano (justicia real e intrínseca) a la declaración externa de Dios: soy justo ante Dios no porque mis obras sean, en sí mismas, dignas de Su favor, sino porque Él ha decidido considerarlas así. Este concepto tendría una profunda influencia en Lutero y proporcionaría el fundamento para su posterior comprensión protestante de la justificación.

El problema pastoral que genera esta idea del *pactum*, por supuesto, es que saber cómo y cuándo uno se ha esforzado al máximo se convierte entonces en un asunto altamente subjetivo y, en la experiencia de Lutero en el claustro, en uno cada vez más aterrador: cuanto más se esforzaba Lutero en hacer buenas obras, más seguro estaba de que había fracasado estrepitosamente en cumplir la condición mínima del *pactum*. Esta situación empeoró mucho, por supuesto, cuando Lutero llegó a identificar el pecado como muerte. ¿Cómo puede una persona muerta esforzarse al máximo? Esto llevó quizá al cambio más significativo en el pensamiento de Lutero, que es detectable en sus discursos sobre Romanos entre 1515 y 1516: Lutero llegó a identificar la condición del *pactum* como humildad, una falta de esperanza total en uno mismo como condición para arrojarse enteramente y sin reservas a la misericordia de Dios. Esta idea crucial allanó el camino para su posterior perspectiva de que la condición necesaria era la fe, la confianza en Dios, un concepto estrechamente relacionado con este entendimiento anterior de la humildad.

La controversia de las indulgencias

Mientras Lutero experimentaba esta transformación teológica, los acontecimientos en el escenario europeo general conspiraban para llevarlo ante una audiencia mucho más amplia que la que cabría en la sala de conferencias de la Universidad de Wittenberg o en la iglesia parroquial. El papa León X (1475–1521) presidía una Iglesia Romana que había agotado sus finanzas en guerras y, más tarde, en el masivo proyecto de construcción de San Pedro y el Vaticano. Luego, en las tierras alemanas del norte, un clérigo ambicioso, Alberto de Brandeburgo (1490–1545), buscaba añadir un tercer obispado a su lista. Los obispados aportaban ingresos y, por lo tanto,

eran deseables, pero el derecho canónico de la iglesia impedía que nadie ostentara tres simultáneamente sin una licencia del papa. Así, hubo una feliz confluencia de intereses en este punto entre las necesidades financieras del papado y las aspiraciones eclesiásticas de Alberto. En resumen, el papa concedió a Alberto el permiso para ocupar el tercer obispado y Alberto pagó al papa una suma considerable por el privilegio. Para financiar el trato, Alberto pidió prestada una cantidad importante de dinero al banquero Fugger y el papa permitió a Alberto promover una indulgencia, de cuyas ganancias la mitad se usaría para pagar el préstamo y la otra mitad iría directamente a las arcas papales.

Las indulgencias eran certificados que vendía la iglesia y que garantizaban al comprador, o al beneficiario designado, el alivio de un período de tiempo estipulado en el purgatorio. En la escatología católica medieval, cuando las personas morían, iban al infierno, al cielo o, más probablemente, al purgatorio, un lugar donde los piadosos podían ser purificados de sus impurezas restantes antes de ser trasladados al paraíso. El concepto de purgatorio tuvo su origen en los libros apócrifos y estuvo presente en la obra de numerosos padres de la iglesia primitiva, incluido Agustín. Sin embargo, en la iglesia primitiva, la doctrina había funcionado meramente como parte de la escatología individual; para la Baja Edad Media ya se había conectado con el sistema penitencial de la iglesia. Dos bulas papales en particular son relevantes en este sentido: *Unigenitus* (1343) y *Salvator Noster* (1476). La primera estableció el dogma del tesoro de los méritos, que consistía en los méritos de Cristo, la Virgen María y todos los grandes santos de la iglesia, los cuales el papa podía distribuir. La segunda conectó el tesoro de los méritos con las ofrendas financieras a la iglesia, de modo que quienes daban ese dinero podían disfrutar de un beneficio escatológico en forma de tiempo reducido en el purgatorio. Así se estableció el fundamento dogmático de las indulgencias.

La venta de indulgencias de Alberto se encomendó a un fraile dominico, Johann Tetzel (1465–1519). Era un hombre profano, pero un vendedor brillante que usaba rimas (según las *Noventa y cinco tesis* de Lutero) como la joya: “Tan pronto como la moneda en el cofre suena, el alma del purgatorio

vuela”, y afirmaba que incluso si alguien hubiera violado a la Virgen María, una de sus indulgencias bastaría para cubrir el pecado.

Aunque a Tetzel no se le permitió vender sus indulgencias en el Electorado de Sajonia (pues el elector tenía su propia colección de reliquias sagradas, que no quería ver eclipsadas por algún objeto de piedad rival), el asunto fue de cierta urgencia pastoral para Lutero. Tras concluir que la gracia de Dios era tan costosa que solo la muerte y resurrección del propio Hijo de Dios podían hacer frente al dilema humano de la muerte en el pecado y que solo la total falta de confianza en uno mismo y la consiguiente humildad ante Dios eran suficientes para cumplir las condiciones del *pactum*, Lutero veía inevitablemente las transacciones monetarias de ese tal Tetzel como un abaratamiento de la gracia. Es más, Tetzel vendía una falsa seguridad a las personas y, como los feligreses de Lutero cruzaban el río hacia el territorio vecino del Ducado de Sajonia donde el vendedor dominico ejercía su oficio, Lutero inevitablemente tendría que tomar partido.

Lutero predicó sobre las indulgencias en la Pascua de 1517 y, luego, guardó un silencio extraño sobre el asunto. En septiembre de 1517, presentó su *Disputa contra la teología escolástica*, que, de todos los escritos del año, fue el más radical en su ataque integral contra el método teológico medieval tardío; sin embargo, no apuntaba directamente al asunto de las indulgencias y no provocó ninguna controversia significativa. Luego, el 31 de octubre de 1517, de acuerdo con el protocolo académico estándar para anunciar un debate, clavó en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittenberg noventa y cinco tesis contra la práctica de la venta de indulgencias.

En la historia de la Reforma, este documento ha adquirido un estatus casi mítico como el escrito que desencadenó toda la crisis. De hecho, si bien algunas de las tesis brillan con la retórica que se convertiría en el sello distintivo del Lutero posterior, otras son más difíciles de entender. Ciertamente, a menos que el lector moderno de la misiva tenga un buen conocimiento práctico de la teología y la piedad medieval tardía, varias de sus tesis serán incomprensibles. Además, podría decirse que el propio enfoque de Lutero en este punto era bastante cauteloso: atacaba lo que percibía como el abuso de las indulgencias al trasquilarse al rebaño para sacarle su dinero y vender la

gracia de Dios por dinero; la cuestión de si las indulgencias podían tener un uso legítimo era algo sobre lo que estaba indeciso.

En cierto sentido, los detalles ya no son importantes: los problemas y prácticas precisas a las que Lutero reaccionó hace mucho que desaparecieron. Lo importante es la teología sobre la que se construyeron las tesis: la teología de la humildad y del alto costo de la gracia. Aunque Lutero probablemente no se diera cuenta en ese momento, esta teología atacaba el corazón del sistema sacramental medieval y, por lo tanto, la autoridad de la iglesia. Al criticar las indulgencias, Lutero también hizo lo que siempre precipita una reacción: golpeó a la iglesia donde más le dolía, en sus finanzas.

Desde Heidelberg hasta la muerte de Maximiliano

Mientras las *Noventa y cinco tesis* se convertían rápidamente en un tratado popular y en un punto de encuentro para la protesta, la iglesia tardó en actuar. De hecho, en abril de 1518, Lutero viajó a la ciudad de Heidelberg para una reunión capitular regular de la Orden de los Agustinos. Allí presidió lo que ahora es la famosa Disputa de Heidelberg, donde el fraile agustino Leonhard Beier presentó un conjunto de tesis que Lutero había preparado sobre filosofía y teología. Las examinaremos en detalle en el capítulo 2. Aquí, simplemente vale la pena señalar que estas tesis representaban un retorno a la teología de su *Disputa contra la teología escolástica* de 1517 y una radicalización de esta. Mientras las *Noventa y cinco tesis* hacían de Lutero una figura pública significativa, su verdadera agenda teológica era mucho más radical de lo que ese tratado podría haber sugerido.

En el verano de 1518, la controversia ya desbordaba las fronteras del Electorado de Sajonia y estaba claro que la iglesia tendría que actuar. Alrededor de esta época, hubo un extraño incidente en un monasterio en Dresde. Invitado a una fiesta en el lugar, Lutero bebió demasiado y se explayó sobre Tomás de Aquino y el uso de Aristóteles en la teología. Detrás de una cortina en la habitación, estaba sentado un fraile dominico que tomaba notas de lo que decía el agustino cada vez más locuaz. Estas notas se hicieron públicas más tarde y aumentaron aún más la reputación de Lutero de una heterodoxia peligrosa.

Al mismo tiempo que los dominicos le jugaban malas pasadas a Lutero, la iglesia iniciaba un proceso más formal. En agosto, Lutero fue convocado a comparecer en Roma. Este fue casi con certeza un procedimiento automático, desencadenado por la queja del diciembre anterior por parte de Alberto contra Lutero. El papa también encargó a Silvestre Mazzolini, mejor conocido como Prierias, que formara una opinión teológica sobre Lutero. Esta se publicó bajo el título *Diálogo contra las presuntuosas conclusiones de Martín Lutero*. En ella, Prierias se jactaba de que Lutero era un teólogo tan incompetente que él, Prierias, había escrito la refutación en solo tres días. La respuesta de Lutero fue brillante y demostró una comprensión intuitiva de la naturaleza del medio impreso. En lugar de hacer quemar el libro (el método típico de la iglesia de la época), lo hizo reimprimir con su propia respuesta que, según declaró, había escrito en solo dos días. Juego, set y partido para el brillante polemista de Wittenberg.

Sin embargo, la citación sacudió a Lutero, quien escribió inmediatamente a Georg Spalatin, secretario de Federico el Sabio, con el argumento de que el honor de Wittenberg estaba en juego y que cualquier procedimiento que tuviera lugar debía ocurrir en suelo alemán. Dado el estatus de Federico como elector, junto con la necesidad del emperador de apoyo contra los turcos, que presionaban el flanco oriental del imperio, los de Wittenberg pudieron persuadir a la iglesia y al imperio de que el lugar para tratar con Lutero sería la Dieta Imperial de Augsburgo en octubre de 1518.

Así, Lutero viajó a Augsburgo en octubre y allí fue interrogado por el cardenal Cayetano, uno de los grandes intelectos del Renacimiento y, quizás, el intérprete más influyente de Tomás de Aquino en la historia de la iglesia. Este tenía la orden de poner a Lutero bajo custodia, pero tras no lograr obtener una retractación del problemático agustino, descubrió que Federico el Sabio no le entregaría a Lutero porque los sajones no lo consideraban un hereje. Este fue un momento significativo: mostró dónde era probable que estuvieran las lealtades de Federico en el futuro y cristalizó la noción de Lutero como un héroe sajón.

Así, Lutero regresó a salvo a Wittenberg. Fue entonces cuando el destino jugó una carta vital para los de Wittenberg: en enero de 1519, murió el emperador Maximiliano. Esto tuvo un doble efecto: paralizó efectivamente

toda acción imperial en el caso de Lutero hasta que se pudiera nombrar un nuevo emperador e hizo de Federico el Sabio, como uno de los siete electores del imperio, una persona particularmente significativa y poderosa, al menos por un tiempo.

Reformas en Wittenberg

Mientras el drama de Lutero se desarrollaba en el escenario principal de la política de la iglesia y del imperio, en Wittenberg la Reforma comenzaba a tomar forma institucional. En 1518, la universidad, por consejo de Lutero, suspendió las clases de física y lógica que seguían la enseñanza de Aquino. Luego, se lanzaron campañas para ocupar las cátedras de hebreo y de griego. Esta no fue simplemente una medida pedagógica: a medida que Lutero y sus colegas se convencían de que la Escritura en los idiomas originales era la revelación de Dios, se hizo necesario aprovechar la creciente popularidad de los estudios lingüísticos e incorporarlos al currículo teológico. La cátedra de hebreo sería ocupada por Matthaeus Goldhahn, un hebraísta competente, aunque poco inspirador. La cátedra de griego, sin embargo, fue ocupada por Philip Melancthon, un prodigio de veintiún años que se convertiría en el segundo al mando de Lutero y cuya teología con el tiempo dividiría al luteranismo después de la muerte de su fundador en 1546.

El debate de Leipzig

Después de la Disputa de Heidelberg, la siguiente exposición pública importante de la teología de Lutero tuvo lugar en 1519 en el llamado debate de Leipzig. Johann Eck, un destacado teólogo dominico, había tenido un trato amistoso con Lutero antes de la controversia de las indulgencias. Sin embargo, desde ese momento, buscaba formas de atacar a los de Wittenberg. En 1518, publicó una obra contra la teología de Wittenberg, *Obe-liscos*, a la cual Lutero respondió con un libro de circulación privada, *Asteriscos*. No obstante, la obra de Eck realmente había molestado a uno de los colegas de Lutero, Andreas Bodenstein von Karlstadt, quien respondió publicando trescientas ochenta tesis contra Eck. Incluso para los estándares de la época, fue bastante excesivo.

En respuesta, Eck desafió a los de Wittenberg a un duelo intelectual, un debate que tendría lugar en la Universidad de Leipzig. Esto ocurrió en junio en medio de mucho drama, cuando Lutero y Karlstadt llegaron a la ciudad rodeados de un cortejo armado de estudiantes de Wittenberg. Es irrelevante si había alguna amenaza real para su seguridad: esto era un debate teológico como entretenimiento público y propaganda.

Aunque el debate en sí fue una especie de empate, representó un desarrollo crucial en el pensamiento de Lutero. Hasta este momento, la controversia que lo rodeaba se había centrado en cuestiones prácticas ocasionales. Sin embargo, subyacente a estas había una crítica implícita a la naturaleza de la iglesia y de la autoridad eclesiástica tal como se entendía entonces. Fue solo en Leipzig donde este punto se hizo explícito, en parte a través del ataque incisivo de Eck, que forzó a que las suposiciones de Lutero salieran a la superficie. Indicios de esto se dieron en el sermón previo al debate que Lutero predicó sobre Mateo 16:13-19. Originalmente programado para la iglesia del castillo, tuvo que trasladarse al salón de conferencias de la universidad debido a la cantidad de personas que deseaban asistir. Allí, ante una sala llena, Lutero expuso la noción de que Dios sería misericordioso con todos los que se humillaran ante Él y de que las llaves de las que Cristo habló fueron dadas a todos los cristianos y no simplemente a la jerarquía sacerdotal.

Eck escuchó el sermón y salió del salón con la ominosa declaración de que lo que acababa de escuchar era “completamente bohemio”. Al hacerlo, Eck llamaba la atención sobre la conexión entre la visión de la iglesia de Lutero y la propuesta por Jan Hus, el eclesiástico bohemio, un siglo antes. La comprensión de Hus sobre la iglesia acentuaba la importancia de la predestinación y, por lo tanto, socavaba la autoridad de las estructuras visibles. De manera crucial, los puntos de vista de Hus habían sido condenados como herejía y este había sido quemado en la hoguera en el Concilio de Constanza en 1415. Si Lutero enseñaba la doctrina de Hus, entonces claramente era un hereje y estaba sujeto al precedente ya establecido.

Este fue el enfoque que Eck adoptó en el debate, al presionar a Lutero sobre dónde consideraba que residía la autoridad en la iglesia. Cuando declaró que Lutero enseñaba asuntos que habían sido condenados en Constanza, Lutero cayó en la trampa y respondió que Constanza había

condenado muchos artículos que sencillamente eran sana doctrina católica. También agregó que la supremacía papal era una innovación relativamente reciente.

Podría decirse que este fue el momento en el que la Reforma verdaderamente comenzó en serio, pues fue entonces cuando se aclararon las implicaciones de los ataques de Lutero, por lo demás fragmentarios, contra las indulgencias y el método teológico. Si Lutero tenía razón, si la humildad era la clave para la salvación, entonces todo el sistema medieval debía rechazarse y el papado estaba equivocado. Leipzig dejó esto claro, junto con el hecho de que no había término medio.

Aunque el resultado del debate real en Leipzig fue un tanto indeciso, Lutero regresó a Wittenberg como el claro campeón del nuevo movimiento de la Reforma.

1520: El año de soñar

En muchos sentidos, Lutero nunca tendría un año teológico más glorioso que 1520. Es cierto que el año comenzó de manera ominosa. Carlos V había sido elegido emperador a finales del verano de 1519, por lo que los procedimientos formales contra Lutero dentro de la iglesia y el imperio podían reanudarse. Esto sucedió en enero de 1520, cuando una asamblea de cardenales y diplomáticos en Roma exigió que el papa procediera contra el Reformador. Más tarde esa primavera, Eck llegó para informar de primera mano sobre el debate de Leipzig y para unirse a un comité encargado de formular cargos contra él.

Todo esto sirvió para indicar que las posibilidades de una resolución pacífica a la crisis de Lutero habían desaparecido casi por completo. En este contexto, Lutero se dispuso a exponer su manifiesto sobre cómo debería ser una iglesia de la Reforma en los tres grandes tratados de 1520: *La cautividad babilónica de la iglesia*; *La libertad del cristiano*; y *A la nobleza cristiana de la nación alemana*. Estos tres tratados se analizarán con cierto detalle en capítulos posteriores, pero es útil saber desde una perspectiva biográfica qué temas cubrían.

La cautividad babilónica fue el manifiesto sacramental de Lutero, en el que no solo redujo el número de sacramentos de siete (el bautismo, la

confirmación, las órdenes sacerdotales, el matrimonio, la penitencia, la misa y la extremaunción) a tres, o posiblemente dos (el bautismo, la misa y quizás la penitencia), sino que también reestructuró su pensamiento sacramental en torno a la promesa y la fe. Ahora permitía que las implicaciones de su nueva soteriología, tan hábilmente expuestas por Eck en Leipzig, reformaran el corazón mismo de la devoción medieval: los sacramentos.

La libertad del cristiano fue la aplicación de Lutero de sus ideas sobre la justificación al ámbito de la ética. A diferencia del sistema medieval, donde la motivación de las buenas obras no era el conocimiento de estar en un estado de gracia, sino más bien un medio para entrar o mantenerse en un estado de gracia, el enfoque de Lutero puso todo de cabeza. Argumentó que, puesto que uno ha sido justificado sin obras, es libre entonces para hacer buenas obras por su prójimo, de una manera análoga a la de Adán antes de la caída.

Finalmente, al darse cuenta de que la iglesia no se iba a reformar a sí misma, Lutero dirigió su atención al magistrado civil como medio para lograrlo en *A la nobleza cristiana de la nación alemana*. Dado que veía gran parte de la confusión de la época como resultado de la incursión de la iglesia en ámbitos que pertenecían propiamente al magistrado civil, Lutero argumentó que los magistrados debían recuperar lo que les pertenecía y despejar así el camino para que la iglesia fuera una vez más una entidad verdaderamente espiritual.

Estas tres obras, tomadas en conjunto, representan quizás la visión más sólida y positiva de Lutero sobre lo que debía reformarse. Podría decirse que nunca más presentó una visión tan integral del cristianismo de una manera tan positiva. Sin embargo, mientras Lutero se ocupaba de esta construcción positiva, la iglesia emitió la tan esperada condena de sus ideas. La bula papal *Exsurge Domine* fue proclamada en julio de 1520 y luego comenzó su largo viaje hacia Wittenberg, llevada allí por, entre otros, Johann Eck.

Finalmente llegó a Wittenberg el 10 de octubre, y fue presentada al rector de la universidad, Peter Burckhard. Curiosamente, no fue Eck quien la presentó. Sabiamente, se había quedado fuera del Electorado de Sajonia, probablemente al darse cuenta de que no habría sido un lugar seguro para

él. De hecho, fue la milicia de Leipzig la que entregó la bula, otra señal de la hostilidad entre las dos ciudades desde el debate de 1519.

Lutero debe haber oído de la llegada de la bula casi de inmediato. Wittenberg era (y sigue siendo) una ciudad muy pequeña donde nada de gran importancia podía suceder en secreto. Además, sabemos que escribió a Spalatin el 11 de octubre para informarle de la llegada de la bula a la universidad. En los meses siguientes, Lutero escribió una explicación de los artículos que condenaba la bula y reiteró su llamado a un concilio alemán en suelo alemán para resolver lo que afirmaba era un problema alemán. Estaba muy interesado en jugar la carta étnica como medio para mantenerse fuera de las manos del papado.

Luego, el 10 de diciembre de 1520, Lutero encabezó una procesión hacia la plaza del pueblo en Wittenberg y quemó públicamente tanto la bula como los libros de derecho canónico. Ahora, no había vuelta atrás.

La Dieta de Worms

La iglesia ya había agotado sus opciones para lidiar con Lutero. La excomunión era la sanción final y, sin embargo, seguía libre para escribir y predicar impunemente en Wittenberg. Como resultado, hubo que diseñar una nueva estrategia. Carlos V convocó una dieta imperial en la ciudad de Worms en abril de 1521 y se decidió llamar a Lutero para que compareciera allí. Esta fue una decisión controvertida. En primer lugar, la excomunión de Lutero significaba que era un proscrito y la cuestión técnica de cómo citar a un proscrito era problemática. En segundo lugar, la creciente popularidad de Lutero como defensor del pueblo frente a una iglesia corrupta y moribunda implicaba que esta medida era potencialmente peligrosa. Sin embargo, la necesidad pragmática de tratar con Lutero superó estas preocupaciones y finalmente se le convocó. Así, en abril de 1521, Lutero llegó a la ciudad para enfrentar su mayor desafío hasta el momento.

La audiencia en sí fue un evento impresionante. Al frente estaba sentado el joven emperador Carlos V, cara a cara con el problemático monje cuyas innovaciones religiosas arruinarían su gobierno y finalmente lo llevarían a la abdicación. Alrededor de la sala estaban los políticos más poderosos de la época. Sobre una mesa ante el emperador se habían colocado todos los

libros de Lutero. Y allí estaba el propio Lutero, aparentemente rodeado de sus enemigos y peligrosamente expuesto.

El hombre que dirigía el interrogatorio de Lutero era Johann Eck, aunque no el famoso Johann Eck de Leipzig. Este Johann Eck era un funcionario de la casa del arzobispo de Tréveris. Al comienzo de las actuaciones, el 17 de abril, Eck hizo dos preguntas simples: si los libros expuestos eran de Lutero y si se retractaría de su contenido. Eran preguntas evidentes que Lutero debió haber esperado. Su respuesta, sin embargo, fue todo menos lo que uno hubiera anticipado: declaró que, como los asuntos concernían a la salvación, necesitaba tiempo para pensar su respuesta.

Nadie sabe por qué dio esta respuesta. Tal vez fue parte de una estrategia que el equipo del Electorado de Sajonia había diseñado para sorprender a sus oponentes. Una explicación más prosaica podría ser que Lutero simplemente estaba asustado ante lo que debió de ser un momento de intensa presión personal. Nunca lo sabremos. En cualquier caso, la asamblea hizo un receso y se volvió a reunir al día siguiente. Entonces, ante las mismas preguntas, Lutero ofreció una respuesta contundente: algunas de las obras trataban sobre la piedad y la moral y habían gustado incluso a sus oponentes, por lo que no debía ser el único en retractarse de ellas; algunas criticaban al papado, pero el papado era notoriamente corrupto y destruía muchas almas, así que no podía retractarse de esas; y otras más atacaban a individuos que defendían la tiranía romana, pero, aunque el lenguaje utilizado fuera ocasionalmente excesivo, eran sólidas en términos fundamentales y no podía retractarse de ellas.

Eck se negó a aceptar estos argumentos. Luego, tras un vigoroso intercambio, Lutero pronunció su famoso discurso (que probablemente no terminó con la afirmación “¡Aquí estoy! No puedo hacer otra cosa”):

A menos que se me convenza por el testimonio de las Escrituras o por la razón clara (porque no confío ni en el papa ni en los concilios por sí solos, ya que es bien sabido que a menudo han errado y se han contradicho a sí mismos), estoy sujeto a las Escrituras que he citado y mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo y no quiero retractarme de nada, ya que no es seguro ni justo ir contra la conciencia.

Tras esta dramática intervención, escoltaron a Lutero fuera de la sala, entre los gritos de la delegación española que pedían que lo quemaran en la hoguera. Sin embargo, no sería así. Al salir de Worms para regresar a Wittenberg, un grupo de hombres armados lo rodeó y lo secuestró. Tras casi cuatro años como centro de atención tanto de la iglesia como del imperio, Lutero desaparecería del ojo público durante gran parte de un año.

El caballero Jorge, residente de Wartburg

Lutero pasó el resto de 1521 de incógnito en Wartburg, el castillo medieval situado en la cima de la montaña sobre la ciudad de Eisenach. Se dejó crecer la barba y se vistió como un caballero; así, disfrutó de un tiempo breve, pero relativamente pacífico, aunque fue allí donde empezó a sufrir el estreñimiento crónico que se convertiría en una especie de obsesión.

Durante su estancia en Wartburg, Lutero se dedicó a numerosos escritos teológicos que indicaban la dirección de su pensamiento. Allí abordó el tema de los votos religiosos y respondió a las importantes críticas del teólogo católico Latomus. El primer tema surgió debido a que, en mayo de 1521, los sacerdotes empezaron a casarse, lo que exigía que el liderazgo de la Reforma aclarara su posición al respecto. En esa época, Lutero también escribió una defensa de la confesión oral. La necesidad de equilibrar la práctica establecida con el nuevo contenido de la Reforma era apremiante.

Quizá lo más significativo, sin embargo, fue su traducción del Nuevo Testamento al alemán. A medida que su teología de la Reforma se desarrollaba y enfatizaba cada vez más la Palabra de Dios objetiva, tanto en el sermón como en el sacramento, como el medio de salvación, la necesidad de la Escritura en lengua vernácula se volvió urgente. Al igual que la versión King James en inglés y la *Institución* de Calvino en francés, la Biblia de Lutero resultaría fundamental en el desarrollo del idioma alemán moderno.

Mientras tanto, en Wittenberg, el liderazgo de la Reforma pasó a manos de Karlstadt, Melancthon y Konrad Zwingli. Bajo su dirección, las cosas tomaron un giro más radical. Karlstadt comenzó a desarrollar ideas novedosas sobre la eucaristía, en las que enfatizaba la naturaleza simbólica de las palabras de la institución. A finales de año también se paseaba por Wittenberg vestido de campesino y oficiaba la misa con una túnica sencilla.

Además, el liderazgo en Wittenberg se opuso a las imágenes, lo que resultó en disturbios iconoclastas. Entonces llegó la gota que derramó el vaso: tres hombres de Zwickau, los llamados profetas de Zwickau, llegaron a Wittenberg. Liderados por un tal Nicolás Storch, estos hombres combinaban visiones apocalípticas y la pretensión de ser guiados directamente por el Espíritu con un radicalismo político y social. Karlstadt y Zwilling quedaron cautivados por los tres; el noble Melanchthon, superado por la situación, no tuvo otra opción que pedir a Federico el Sabio que trajera de vuelta a Lutero de Wartburg para retomar el control sobre la Reforma de Wittenberg y devolver las cosas a un camino más moderado. No hubo que persuadir mucho a Federico, pues no quería que el emperador se interesara indebidamente en los asuntos internos de su territorio, algo que sin duda habría ocurrido si la anarquía hubiera triunfado.

Lutero había visitado Wittenberg disfrazado en diciembre de 1521 para observar de primera mano el radicalismo naciente. Ahora, en enero de 1522, regresaba para retomar el liderazgo. Este fue probablemente su momento de mayor vulnerabilidad, ya que el éxito dependía de que pudiera apartar a la gente de la revolución social mediante la predicación y hacerla volver a la verdadera reforma. Esto hizo durante los meses siguientes, en una asombrosa demostración del poder de la presencia personal. Los profetas de Zwickau fueron obligados a huir, y Karlstadt y Zwilling, destituidos de sus cargos de liderazgo, abandonaron la ciudad poco después.

Junto con el Debate de Leipzig y la Disputa de Heidelberg, el conflicto de 1522 es tal vez el momento más importante de la carrera temprana de Lutero como Reformador. Este episodio grabó en su mente la conexión entre las visiones simbólicas de la Cena del Señor y la revolución social, una conexión que ayuda a explicar la intensidad de su conflicto con Zuinglio. También lo dejó con un odio duradero hacia cualquiera que hablara del Espíritu en lugar de la Palabra. Para Lutero, el Espíritu solo obra en y a través de la Palabra. Permitir lo contrario es abrir una caja de Pandora de subjetividad que conduce al tipo de disturbios y caos que presencié en Wittenberg a principios de 1522.

1525: El año de genialidad, gozo y odio

Después de 1522, la posición de Lutero en Wittenberg estaba relativamente asegurada. Además, tras la exuberancia de sus primeros descubrimientos teológicos, se estableció en una rutina de enseñanza, predicación y pastorado que, salvo un par de excepciones, implicó que su vida nunca volvería a tener el mismo nivel de dramatismo. Sin embargo, el año 1525 fue, a su manera, tan significativo para su teología y su reputación como los años 1520–1521. De hecho, estuvo marcado por tres grandes acontecimientos: su enfrentamiento con Erasmo, su matrimonio con Catalina y su desafortunada intervención en la Guerra de los Campesinos.

En retrospectiva, el choque con Erasmo era inevitable, si no en 1525, en algún otro momento. Erasmo era el hombre que había producido un Nuevo Testamento en griego y, por tanto, sentado la base textual para la Reforma. También era el hombre cuya deslumbrante erudición e ingenio lo habían convertido en un crítico implacable de la iglesia renacentista. Sin embargo, su personalidad era la del escritor satírico arrogante que criticaba y se burlaba de la iglesia, pero que a fin de cuentas permanecía dentro de sus límites. Erasmo no tenía intención de arriesgar su vida, ni siquiera su carrera, por la causa de la Reforma.

En algún momento de la Reforma luterana temprana, Federico el Sabio le había preguntado a Erasmo su opinión sobre el problemático monje. Su respuesta había sido que Lutero había cometido dos pecados: había criticado el poder del papa y los vientres de los monjes. Estos comentarios, hechos en confianza a Federico, se habían filtrado al público y, desde ese momento, Erasmo había estado bajo presión para declarar su posición con respecto a la Reforma de Wittenberg. Finalmente, en 1524 lo hizo en su *Discusión sobre el libre albedrío*, donde argumentaba a favor de la oscuridad básica de las Escrituras sobre el tema del papel de la voluntad humana en la salvación. Calificar su posición como agnóstica, semipelagiana o semiagustiniana depende de cuán caritativo se quiera ser. Lo cierto es que Erasmo había puesto el dedo en los fundamentos conceptuales de toda la teología de Lutero: la claridad básica de las Escrituras y la necesidad de que la salvación sea totalmente de Dios.

Cuando el libro llegó a Wittenberg, Melanchthon lo recibió con entusiasmo. Sin embargo, cuando Lutero lo leyó, su corazón se abatió: no solo percibía las devastadoras implicaciones de negar la claridad bíblica y la esclavitud de la voluntad, sino que también sabía que Erasmo era un crítico demasiado importante como para ignorarlo. El resultado fue *La esclavitud de la voluntad*, un libro verdaderamente demoledor, que contiene la defensa más brillante de Lutero de sus doctrinas sobre las Escrituras, la voluntad humana y la iniciativa divina en la salvación. Junto con sus catecismos, fue uno de los pocos libros suyos que él mismo consideró dignos de sobrevivirle.

El segundo gran acontecimiento de 1525 fue su matrimonio con Catalina de Bora, también conocida como “mi señor Katy” y “la Cadena”. Ella era parte de un grupo de monjas cistercienses que habían escapado del claustro en Nimbschen en 1523 y que llegaron a Wittenberg en abril de ese año. Lutero hizo arreglos para casar a las monjas, pero Catalina resultó ser un problema. Inicialmente, había sido colocada en la casa del artista Lucas Cranach. Después de varios intentos fallidos de casarla, Catalina expresó su deseo de casarse con Lutero o con uno de sus colegas, Nikolaus von Amsdorf. Con la idea del matrimonio sembrada en su mente por la formidable reformadora Argula von Grumbach, Lutero finalmente accedió a la idea en 1525 y, el 13 de junio de ese año, se casó con Catalina. Veremos el matrimonio con más detalle en el capítulo 8. Baste decir aquí que parece haber sido feliz y fructífero.

Sin embargo, en ese momento, fue un desastre para su imagen pública. Esto no se debió a que Lutero se casara siendo monje. Ese asunto ya se había resuelto hacía mucho tiempo en Wittenberg. Fue más bien porque las nupcias ocurrieron durante la Guerra de los Campesinos, un gran estallido de rebelión en los territorios alemanes del Sacro Imperio Romano. Los rebeldes estaban unidos por un conjunto de quejas económicas, muchas de las cuales se centraban en la corrupción de la iglesia. Por lo tanto, era natural que usaran una retórica de libertad al estilo luterano y que muchos de ellos (aunque no todos) esperaran que Lutero intercediera por ellos. Después de una simpatía inicial por su causa, Lutero, siempre temeroso del caos y la anarquía y molesto porque los campesinos habían recurrido a la violencia en contra de su consejo, se volvió con dureza contra ellos y publicó uno de

sus tratados más notorios, *Exhortación a la paz, contra los campesinos ladrones y asesinos*, que era un llamado a los nobles para reprimir la rebelión de la manera más feroz posible. Esta obra manchó la reputación de Lutero a un nivel solo igualado por sus ataques posteriores contra los judíos. Los campesinos fueron finalmente aplastados en la Batalla de Frankenhausen y sus líderes, como Thomas Müntzer, fueron ejecutados. El hecho de que Lutero estuviera celebrando su matrimonio mientras la Guerra de los Campesinos llegaba a su sangrienta conclusión se consideró profundamente insensible.

El conflicto con Zuinglio

Mientras Lutero consolidaba la Reforma en Sajonia después de 1522, otras reformas comenzaban a perfilarse en otros lugares de Europa. La más significativa desde la perspectiva luterana fue el surgimiento de Ulrico Zuinglio en Zúrich. Zuinglio provenía de un trasfondo muy diferente al de Lutero, ya que su educación fue moldeada por el humanismo de Erasmo, a quien admiraba profundamente. La Reforma en Zúrich también fue de un tipo diferente a la de Wittenberg. Zúrich era una ciudad moderna en ascenso, gobernada por un consejo municipal y con una economía basada cada vez más en la mano de obra calificada, no un contexto feudal medieval como el Electorado de Sajonia. Mientras que la Reforma de Wittenberg había comenzado con una convocatoria a un debate universitario medieval, la de Zúrich comenzó con la ruptura del ayuno de Cuaresma por parte de trabajadores de la industria más moderna de la época: la imprenta. Luego, Zuinglio trabajó estrechamente con el consejo municipal en la implementación de una reforma más radical que su contraparte de Wittenberg (prohibieron las imágenes e incluso vetaron la música y el canto en los servicios de adoración).

Sin embargo, el motivo del conflicto entre Lutero y Zuinglio fue la convicción de este último de que la palabra “es”, en la fórmula institucional “Esto es mi cuerpo”, significaba en realidad “simboliza”, una idea que Zuinglio aparentemente obtuvo de una carta escrita por el erudito humanista Cornelius Hön en 1524. Para los de Zúrich, la Cena del Señor era simbólica; era principalmente una declaración horizontal de lealtad entre cristianos, similar a un juramento militar (que era el significado de la

palabra latina *sacramentum*). Si Cristo estaba presente, entonces solo podía considerarse que lo estaba en lo espiritual.

Para Lutero, esta enseñanza era tóxica. Le recordaba el enfoque espiritual de Karlstadt y, por lo tanto, era señal de una actitud revolucionaria. Además, al quitar la presencia real de Cristo del pan y el vino, Zuinglio estaba eliminando el evangelio. El pan y el vino ya no eran el medio por el cual Dios alimentaba a Su pueblo con Cristo, sino algo que ellos hacían para Dios o el uno para el otro. En términos luteranos, Zuinglio tomaba el evangelio y lo convertía en ley.

A partir de 1527, Lutero y Zuinglio se enfrascaron en una amarga guerra de panfletos. Sin embargo, la división en las filas protestantes no era deseable y la posibilidad de una alianza entre los príncipes luteranos del norte y las ciudades suizas reformadas del sur era muy atractiva. Como resultado, en 1529 el landgrave Felipe de Hesse persuadió a las dos facciones para que se reunieran en el castillo de la ciudad de Marburgo para debatir teología con el fin de redactar una declaración de fe común que pudiera servir luego como base para una alianza político-militar.

El elenco de participantes en el Coloquio de Marburgo fue impresionante, e incluía a Zuinglio; Ecolampadio, el brillante erudito patrístico; Bucero, el apasionado ecumenista de la Reforma; Melanchthon; y, por supuesto, el propio Lutero. Si bien se llegó a un acuerdo en catorce puntos y medio de los quince, el medio punto restante, el de la naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena, fue el decisivo. No fue posible forjar ninguna alianza significativa y Lutero declaró dramáticamente que Zuinglio era de un espíritu diferente, es decir, que no era un verdadero creyente. La brecha en Marburgo fue el punto en el que el protestantismo se dividió en luterano y reformado, una brecha que continúa hasta el día de hoy.

Cuando Zuinglio murió en el campo de batalla en Kappel en 1531 y la noticia llegó a Lutero, su comentario fue simple y directo: “Los que tomen la espada, a espada perecerán”. Hasta el día de su muerte, Lutero consideró a Zuinglio como el epítome del fanatismo maligno.

Otra razón del fracaso en llegar a un acuerdo en Marburgo fue que los príncipes luteranos alemanes estaban empezando a avanzar poco a poco hacia una alianza militar propia y esto debilitó inevitablemente la presión

para una alianza con los suizos. Después de la Dieta Imperial de Augsburgo en 1530, esta alianza alemana tomó forma como la Liga de Esmalcalda.

Carlos V había pedido a los príncipes luteranos que le presentaran una declaración de sus creencias. Esta fue redactada por Melanchthon y se conoció como la Confesión de Augsburgo, o *Augustana*. La confesión fue presentada a Carlos V en la dieta, aunque Lutero estuvo ausente, recluido en el cercano castillo de Coburgo. Al fin y al cabo, era oficialmente un proscrito en el imperio y su presencia en Augsburgo habría sido tanto una afrenta al emperador como, muy probablemente, una sentencia de muerte para él. En la dieta, el emperador se negó a suscribir la confesión, pero los príncipes y ciudades luteranas sí la adoptaron. Esto formó parte de la base de la alianza militar que Felipe de Hesse estableció en 1531, la Liga de Esmalcalda, que garantizó la seguridad del luteranismo (y por lo tanto de Lutero) dentro de los territorios luteranos hasta la muerte de este en 1546.

Los últimos años

Los últimos quince años de la vida de Lutero fueron, en muchos aspectos, mucho menos emocionantes que el período entre 1517 y 1531. Con el luteranismo al menos temporalmente seguro, gracias a la Liga, Lutero quedó libre para continuar su Reforma con un gran nivel de protección. Las preocupaciones financieras siguieron acosando el hogar de los Lutero. Katy y él alojaban a estudiantes y también trabajaban a veces como jardineros en la ciudad. Quizá convenga recordar que ser un Reformador no era necesariamente una opción profesional lucrativa y que Lutero no era inmune a las dificultades económicas cotidianas que afligen a la mayoría de los ministros en varios momentos.

Quizás lo más triste de este período sean las notas de amargura que se filtraron en las obras de Lutero. Él, por supuesto, había tenido grandes esperanzas para la Reforma en sus inicios. Situado en la tradición bajomedieval de expectativa escatológica, había asumido que la Reforma era parte del gran avivamiento que vendría al final de los tiempos y que anunciaría la Segunda Venida de Cristo. Sin embargo, para la década de 1530, estas esperanzas estaban muriendo. Roma no había caído y, de hecho, el catolicismo romano comenzaba a mostrar los primeros signos del resurgimiento que

marcaría el siglo a partir de la década de 1540. Los protestantes estaban divididos entre sí; no se trataba simplemente de luteranos contra reformados, sino también de crecientes elementos sectarios como los espiritualistas y los anabaptistas. La situación ya no presentaba las dramáticas y maravillosas posibilidades que Lutero veía ante sí en 1520; era la fría y dura realidad de la vida en un mundo caído que lo oprimía, junto con su propia mortalidad.

Dos acontecimientos de los últimos años de Lutero mancharon su reputación. El primero tiene una dimensión casi cómica. El landgrave Felipe de Hesse fue un actor constante en la historia de Lutero. Fue el visionario detrás del Coloquio de Marburgo y la fuerza impulsora en la formación de la Liga de Esmalcalda. También era un hombre con lo que hoy llamaríamos eufemísticamente “problemas”. Quizá hubo indicios de esto en su primer encuentro con Lutero en la Dieta de Worms. Cuando Lutero llegó a Worms, uno de los primeros dignatarios en buscarlo fue Felipe, que en ese momento no se había unido a la Reforma. Estaba intrigado por un comentario que Lutero había hecho en *La cautividad babilónica* en el sentido de que una mujer casada con un marido impotente podía volver a casarse.

Los eventos de 1539 sugieren que esta pregunta quizás presagiaba los “problemas” posteriores. Felipe había estado casado con Cristina de Sajonia desde 1523. El matrimonio produjo siete hijos, pero según todos los testimonios era infeliz y Felipe era un adúltero en serie. Este libertinaje le provocó sífilis, pero también afectó su conciencia y rara vez tomaba la comunión. Entonces, en 1539 se enamoró de Margarita von der Saale, la hija de diecisiete años de un noble sajón. Apeló entonces a Bucero, Melanchthon y Lutero en busca de consejo y ayuda. Finalmente, Melanchthon formuló una opinión con la que los otros dos estuvieron de acuerdo: que Felipe simplemente debería casarse con la joven en secreto, bajo secreto de confesión. En resumen, en lo que los Reformadores consideraron circunstancias extraordinarias, autorizaron la bigamia. El matrimonio tuvo lugar en marzo de 1540, con Melanchthon y Bucero entre los testigos.

Por supuesto, es una verdad universalmente aceptada que tres hombres pueden guardar un secreto solo si dos de ellos están muertos. Esta era una historia demasiado buena para mantenerla callada y la noticia se filtró al ámbito público a través de la hermana de Felipe, la duquesa de Rochlitz. El

resultado fue un escándalo furioso e incontrolable en el que parecía que la típica propaganda católica romana sobre la Reforma (que estaba motivada por un deseo de desatar el libertinaje sexual en la sociedad) era cierta. Aunque Melanchthon fue, de entre los de Wittenberg, el más profundamente involucrado en el desastre, la reputación de Lutero fue la que recibió los golpes más duros.

El segundo asunto, que todavía (con razón) afecta la reputación de Lutero, fue su creciente animosidad hacia los judíos. En 1523, había escrito lo que fue, para la época, un tratado muy progresista: *Que Jesucristo nació judío*. En esta obra, Lutero rompió con las actitudes dominantes de la época y animó a los cristianos a ser buenos y amorosos vecinos de los judíos, a fin de tender puentes para el evangelio.

Sin embargo, a principios de la década de 1540, los judíos se estaban convirtiendo para Lutero en una obsesión constante y amarga. De manera notoria, escribió otro tratado importante sobre ellos, *Sobre los judíos y sus mentiras*, que representó un repudio de su obra anterior y un regreso a los estándares de la época, solo que de una manera aún más violenta y odiosa de lo habitual. Esta última obra abogaba por el asesinato y llegó a tener una trayectoria notoria, sobre todo como elemento básico de la propaganda nazi en las décadas de 1930 y 1940, y como característica común en los sitios web antisemitas de hoy. No cabe duda de que representaba la opinión madura de Lutero: su sermón final en Eisleben en 1546 incluyó un apéndice antijudío.

No hay espacio aquí para abordar el asunto de Lutero y los judíos. Mis propios puntos de vista sobre el tema pueden encontrarse en mi libro *Historias y falacias*. Baste decir dos cosas. Primero, la actitud posterior de Lutero hacia los judíos muestra que incluso el más grande de los hombres puede tener una catastrófica ceguera moral en ciertos temas. Segundo, al evaluar la vida de una figura histórica, no debemos ignorar ni excluir los problemas con el fin de presentar una imagen inspiradora. Lutero creía que, fuera de Cristo, él mismo estaba muerto en delitos y pecados y era desesperadamente malvado. Su actitud hacia los judíos confirma su propia opinión de sí mismo.

La muerte de Lutero

En enero de 1546, Lutero viajó a su lugar de nacimiento para mediar en una disputa entre condes locales, para gran consternación de Katy, que estaba preocupada por su salud (y con razón, como resultó el caso). En Eisleben, predicó cuatro veces, la última el 14 de febrero (cuando también ordenó a dos sacerdotes) o el 15. El asistente que lo acompañaba, Joannes Aurifaber, copió una nota el 16 de febrero que contenía la última declaración escrita de Lutero, que terminaba con la famosa frase: “Somos mendigos: es la verdad”. La primera cláusula estaba en alemán, la segunda en latín. El 17 de febrero, se sintió mal e incapaz de atender asunto alguno ese día. Moriría al día siguiente, en presencia de varios amigos. Después de reafirmar su confianza en el evangelio, pronunció sus últimas palabras, una triple repetición del Salmo 31:5:

En Tu mano encomiendo mi espíritu;
Tú me has redimido, oh SEÑOR, Dios de verdad.

Fue un final esencialmente protestante: fe en la Palabra, sin extremaunción, últimos ritos ni comunión final. Lutero había recibido la Cena del Señor el domingo anterior y eso fue más que suficiente. De hecho, su propia forma de morir ejemplificó cómo él mismo había transformado el cuidado pastoral y, ciertamente, la piedad en la muerte.

Sin embargo, como un último y triste epílogo, el mayor trofeo personal de su protestantismo, la amada mujer con la que se había casado, con lo cual había roto sus votos monásticos, no pudo estar presente. Katy estaba desconsolada cuando recibió la noticia, angustiada por no haber podido consolarlo en sus momentos finales. Sin embargo, él murió, como ella habría de morir, con la certeza de que estaban unidos en Cristo y que se reunirían en el más allá, cuando asistirían a un banquete de bodas más grande de lo que había sido el suyo tantos años antes.

Reflexiones finales

Con una figura como Martín Lutero, la tendencia siempre será convertirlo en un héroe o en un villano. Hay tanto en juego en el debate de la Reforma,

y las identidades protestante y católica romana están tan envueltas en las respuestas a él, que la tentación de un enfoque en blanco y negro, moral y teológicamente lineal, es significativa. Sin embargo, incluso este breve resumen de su vida revela, no solo las conexiones entre su biografía y su teología, sino también las contradicciones y fallas humanas que formaron parte de su identidad y de sus actos. Su defensa en Worms fue magnífica; sus escritos posteriores contra los judíos fueron nauseabundos. ¿Qué haremos con él?

Creo que la respuesta es, en realidad, muy sencilla: debemos verlo como uno de nosotros. Cabe señalar que, al igual que con el resto de la raza humana, sus fortalezas eran sus debilidades. La obstinada terquedad y la convicción de que tenía razón (lo que significó que pudo enfrentarse al poder combinado de la iglesia y del imperio en Worms en 1521 y poner en fuga a los radicales de Wittenberg en 1522) fue el mismo rasgo de carácter que determinó sus arrogantes ataques contra los judíos. Todos podemos aprender de su ejemplo cómo la fortaleza en un área puede ser una debilidad dramática en otra.

Sin embargo, en un nivel teológico más profundo, deberíamos ver a Lutero como uno de nosotros en la forma en que luchó con las preguntas constantes más profundas de la existencia humana y cristiana. ¿Cómo puedo encontrar a un Dios de gracia? ¿Qué es y dónde está la gracia? ¿En qué consiste la verdadera felicidad? ¿Cómo debo conectar las realidades rutinarias y a menudo tediosas de la vida diaria con mi fe? ¿Cómo puedo enfrentar la muerte de mis seres queridos y, finalmente, mi propia muerte sin volverme completamente loco de dolor? La vida de Lutero estaba llena de estas preguntas. Y su teología es una extensa reflexión sobre ellas. Nos ocuparemos ahora de estos asuntos.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Martín Lutero sobre la vida cristiana*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página

web: www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!